CORCHADO-FELIU.

OBREROS ILUSTRES.

ABRAHAM LINCOLN.

BARCELONA.

Librería de Eudaldo Puig, Plaza Nueva.

1868.



OBREROS ILUSTRES

POR

MANUEL CORCHADO Y JOSÉ FELIU.

A la clase obrera.

Meditad este libro; no desmayeis nunca, y confiad siempre en el porvenir. Trabajemos todos con resignacion y constancia, y progresaremos.

LOS AUTORES.

ABRAHAM LINCOLN

POR

MANUEL CORCHADO.

BARCELONA.

Imprenta de los hijos de Domenech,

CALLE DE BASEA, NÚM. 30, PISO PRINCIPAL.

1868.

INTRODUCCION.

Este libro es el primer paso dado en la manifestacion de un pensamiento. Patentizar sus glorias á la clase obrera; hacerle comprender prácticamente que puede elevarse desde el lugar, en que se encuentra, hasta los mas encumbrados puestos de la sociedad; inspirarle, al propio tiempo, el sentimiento de la dignidad, dentro de su esfera y de su clase, y el valor de su cooperacion inteligente en la obra social; demostrárselo por medio del ejemplo de *obreros ilustres*, que asi lo han hecho, tal, y no otra, es nuestra intencion.

A la presente biografía sucederán otras de varones tan ilustres y tan dignos de ser imitados, como el patricio insigne que hoy damos á conocer á nuestro pueblo.

Los autores de esta obra llevan un nombre oscuro; pero no han considerado ser este un óbice al cumplimiento de una idea y de un deber, la regeneracion de nuestra clase obrera, hasta ahora tan abandonada á su impotente actividad.

Somos oscuros, pero lo repetimos, estamos ani-

mados de los mejores sentimientos, respecto de la clase obrera, y del pueblo en general, lo cual, en concepto nuestro, basta para la empresa á que hoy damos principio.

Queremos ser útiles á la humanidad. Nuestra ambicion se reduce á esto.

ABRAHAM LINCOLN.

PRIMERA PARTE.

I.

El nombre de Abraham Lincoln evoca tres gloriosos recuerdos: el del obrero que, sin otra ayuda que su trabajo y su talento, ascendió desde las mas humildes ocupaciones, hasta el destino supremo del país que le vió nacer; el de una guerra determinada por una idea noble y generosa, y el de la desaparicion, en la Union americana, de esa mancha de los tiempos y de los pueblos, que se llama esclavitud. A Lincoln estaba reservada la imperecedera gloria de borrarla para siempre del suelo de la República, haciendo desaparecer uno de esos contrasentidos, que la inteligencia rechaza como manifiestamente insostenibles, y á los cuales presta sin embargo, crédito; porque á los ojos se presentan con toda la realidad de su existencia. La de la esclavitud en los Estados-Unidos envolvia una contradiccion harto flagrante, estaba demasiado con-

trapuesta á los principios admitidos y sustentados en aquel baluarte de la dignidad humana, paraque no cesára en este nuestro siglo, tan dado al sostenimiento de la justicia.

Así debia comprenderlo Lincoln, y así lo comprendió, en efecto. Trabajando, pues, sin darse punto de reposo, sin que nada fuese bastante á detenerle, sin que nadie lograse atemorizarle, tuvo la dicha—único premio valedero—de ver coronada su obra, con admiracion del mundo entero que no dejó sin embargo, de llamarle temerario, al principio.

Pero aunque dotado de génio superior y de espíritu nada vulgar, hubo Lincoln de emplear, en la realizacion de sus nobles proyectos, los medios groseros é imperfectos que por ahora tenemos á nuestro alcance. Las armas fueron llamadas á redimir aquella multitud de individuos, que arrastraban la pesada y degradante cadena del esclavo. Para despertarlos á la vida, fué preciso acudir á la muerte, sustituyendo de tal modo con una mancha de sangre el borron de la esclavitud.

Dios nos es testigo de que con estas palabras no intentamos empañar la memoria, ni amenguar en un ápice el triunfo del varon eminente, cuyo recuerdo veneramos y á quien, en nombre de la humanidad; porque de ella somos parte, tributamos el agradecimiento de nuestra existencia toda. Deploramos únicamente que hubiera de acudir al re-

curso de la guerra, odioso siempre y siempre perjudicial; pero, léjos de censurar incondicionalmente semejante conducta, nos la esplicamos, reconociendo que no han llegado aun los tiempos, en que puedan los hombres prescindir de tales y tamañas imperfecciones.

Por otra parte, conocido el carácter siempre benévolo de Lincoln, sabida la secta religiosa á que pertenecia y las creencias por esta sustentadas, no es aventurar una congetura destituida de todo fundamento afirmar, que odiaba el estruendo de las armas y sus deplorables resultados, y que solo, falto de otros medios, acudió á ellas, desesperado quizá y quizá llena el alma de dolor por la sangre que iba á verterse. En confirmacion de este aserto, recordamos que, habiendo en su mocedad tomado parte en una espedicion contra los indios, se apresuró á abandonar las armas, concluida aquella, pues persuadióse intimamente de que no era el del soldado el papel que estaba llamado á representar. Pero en la cuestion de la esclavitud, el amor á la libertad dominó al sentimiento humanitario, segun espresion de uno de sus biógrafos.

Añadamos para completar la idea, que al indicado amor se adunaba otro, por lo menos, tan poderoso; el de la patria. La existencia de ella dependia de la cesacion de la esclavitud, que, andando los tiempos, hubiese indudablemente originado consecuencias idénticas que la guerra, sinó peores, y

estribaba de un modo notable en la perfecta union de todos los Estados que forman la República. La dislocacion de esta en dos, hubiese sido irremisiblemente la debilidad de ambas, al principio, y despues su ruina. Así lo comprendieron los rivales de aquel poderoso estado, y por eso daban pábulo á la guerra, mostrándose, aunque embozadamente, propicios á las injustas pretensiones de los *sudistas*. Así lo comprendió tambien el virtuoso Lincoln, y olvidando por un instante sus creencias religiosas, acallando su repugnancia respecto de las armas, echó mano de ellas para salvar la patria, evitando su desmembramiento y haciendo estensivo, al mismo tiempo, á todas las razas de la Union el inapreciable presente, que constituye la esencia de nuestro ser; la libertad. Añadamos tambien á su disculpa lo que nadie podrá negar; porque mas de una vez salió de sus propios lábios, y porque mas de una vez probólo con sus propios actos; añadamos que no entraba en sus cálculos cortar el nudo, sino desatarlo, que no fueron nunca sus intenciones las de dar al problema de la esclavitud la solucion brusca, que se vió obligado á darle. Pacificamente y causando el menor número posible de perjuicios, pensaba hacerlo, y hubiéralo asi realizado, sino le hubiesen impelido hácia el estremo á que hubo de acogerse mal su agrado.

La vida del hombre es siempre un punto equidistante de dos grupos de circunstancias diametral-

mente contrapuestas. Observarlas, estudiarlas y meditarlas, para optar despues por aquellas, á cuyo favor militen la justicia y el interés general y propio, en consecuencia; he aqui lo que constituye nuestro deber. Tomado el partido de la justicia, que nunca deja de ser el de la conveniencia, no debemos detenernos nunca, y fuera de los inmorales, nos es lícito acudir á todos los medios para la consecucion del fin. Esto habia de hacer Lincoln, y esto hizo. La posteridad le hará la justicia á que es acreedor y la historia, en su irrevocable fallo, le colocará indudablemente entre los grandes bienhechores de la humanidad.

Esta tiene muy fundado derecho á enorgullecerse de la existencia de aquel; pues mucho dice en favor de ella y en contra de esas inteligencias—pocas afortunadamente— empeñadas en sentar y demostrar que la vida del hombre es un tegido de infamias é iniquidades. ¿Qué valor tienen, en efecto, sus locubraciones todas, examinadas á la luz que se irradia de una existencia, como la de Lincoln, toda abnegacion, toda trabajo en pró de sus semejantes? Propender constantemente al bien de estos, luchar sin descanso por realizarlo, desafiar y hasta sufrir, para conseguirlo, la muerte, ¿es propio acaso de un ser incapaz de grandes hechos y de rasgos sublimes? Si semejante proceder no revela una naturaleza noble, una índole susceptible de abrigar las mas admirables y heróicas virtudes, si la vida del

hombre eminente de quien vamos á ocuparnos, no patentiza que la humana naturaleza puede, queriéndolo firmemente, elevarse á la esfera del bien; nosotros no comprendemos, ni comprenderemos nunca, cuales son las pruebas que deben llamarse concluyentes.

Y adviértase que no solo fué noble y honrado Lincoln, en la posicion ostensible y desahogada del hombre de estado, sino que honrado y noble fué tambien en su oscura y estrecha vida de leñador. Huérfano, pobre y cuidando de su madre enferma y de sus hermanos, que á causa de sus pocos años no podian ausiliarle, jamás realizó accion alguna censurable, jamás cruzó por su mente designio alguno de que pudiera ruborizarse la virtud. Esta le indicaba el camino que en tales casos debe seguirse, y él nunca se mostró sordo á semejantes insinuaciones. El trabajo era el único medio á que debia acogerse dignamente, y para Lincoln no hubo trabajo infamante, por humilde que fuese; no hubo ocupacion ante la cual bajase con humillacion la frente, siempre que fuera lícita en sí misma. ¡Cuanto mas cómodo le hubiese sido, y cuanto mas en armonía hubiera obrado con la que llaman algunos depravada naturaleza humana, prescindiendo de su desvalida madre, olvidando á sus tiernos hermanos y acudiendo, para la propia subsistencia, á medios ilícitos y reprobados!

La Providencia empero, sábia y grande siempre

en sus creaciones, ha dispuesto las cosas de otro modo, haciendo que, apesar del gérmen del mal que en nosotros existe; porque móviles ilícitos hay que solicitan nuestro libre albedrío, y apesar de la actual presencia del error en el mundo, que es otro de los aguijones del progreso, podamos realizar cuando decididamente lo queramos, acciones que con el bien se hermanan.

Repitámoslo, pues, sin temor de que con razon se nos desmienta: la humanidad tiene muy fundado derecho á enorgullecerse de la vida de Lincoln. Y no es trabajo infructuoso el empleado en la consignacion de esta verdad, ni deja de ser ella de sumo provecho para el hombre que á meditar las cosas se detenga. Nó; porque no ha de considerarse á Abraham Lincoln como una rara escepcion, ni como uno de esos modelos que para edificacion de la humanidad aparecen de vez en cuando en la tierra. Lincoln era un varon ilustre, un egemplo digno de encontrar imitadores; pero no habia recibido privilegio alguno de aquella suprema voluntad que gobierna los mundos, asignando á todos los mismos medios, para llegar á las mismas condiciones. Los hombres todos, por el mero hecho de ser hombres, poseemos el gérmen de las virtudes que adornaban á Lincoln. Su ulterior desenvolvimiento depende del empleo que hagamos de las circunstancias que nos rodean. Las voluntades enérgicas é inquebrantables, los espíritus rectos las dominan, y encaminándolas al bien,

logran el triunfo reservado á los buenos. Las voluntades débiles, ceden à las solicitaciones del mal, y viviendo entre angustias y pesares sin abnegacion sobrellevados, inutilizan para sí y para la humanidad el período de la vida. Preciso es que de ello nos convenzamos; nosotros somos los artífices de nuestra propia existencia en su desarrollo; nosotros mismos la elaboramos, dilatando los gérmenes con que se nos entrega. Luchar, hé aquí la vida; triunfar en la lucha, he aquí su fin. El que esto haga, vive realmente.

Pero, volviendo á nuestro intento, digamos que, si es cierto que la humanidad puede enorgullecerse de la existencia de Lincoln, este derecho corresponde muy especialmente á la clase obrera. De la clase obrera salió aquel, no contó con otros recursos que con los que cuenta esta, en medio de ella vivió y ella fué quien, dándole siempre pruebas de afecto, le infundió el valor suficiente para llevar á buen término los hechos que hoy aplaude el mundo entero. Lincoln, pues, y su gloria pertenecen muy en particular á la clase obrera, y por esta razon le dedicamos el presente libro. La vida que vamos á narrar contiene profundas y elocuentes lecciones. Medítelas el obrero y deduzca las consecuencias, que de ellas se desprenden naturalmente.

II.

El dia doce de febrero de 1809 nació Abraham Lincoln, en el condado de Hardin—Kentucky. Sus padres eran pobres y honrados.

Si en nuestro deseo de conocer el orígen de las cosas, queremos indagar el de la honradez de los esposos Lincoln, hallaremos que dos fueron sus causas. El gérmen del bien—lo hemos dicho ya—es nativo; y él fué la primera de las dos causas que investigamos. Con él venimos á la tierra, y uno de nuestros mas sagrados deberes consiste en desarrollarlo. Los padres de Lincoln cumplieron religiosamente este deber, sometiéndose siempre á la ley que preside al desenvolvimiento de las facultades nativas; á la del trabajo. La aficion, pues, de aquellos á este es la segunda de las dos indicadas causas.

El trabajo, no cabe dudarlo en nuestros tiempos, es manantial inagotable de virtudes y beneficios. Entre el hombre que, acatando la ley de su perfeccionamiento, á él se dedica, y el que, por reputarlo carga infamante, lo desprecia, la diferencia es visiblemente notable. La robustez del cuerpo, la virilidad del espíritu y la morigeracion de costumbres, todo lo cual constituye la iniciacion en la verdadera perfeccion, forman el valioso patrimonio del primero.

El desmedro, el decaimiento moral y la corrupcion, desviacion patente del perfeccionamiento, son, por el contrario, la dote del segundo.

Los padres de Lincoln, honrados y amantes del trabajo, solo en él confiaron para satisfacer sus necesidades, prefiriendo sus desazones y fatigas á la humillacion inseparable de la existencia basada en la proteccion y amparo de nuestros semejantes. Para ellos, como para el Dante, era *amargo el pan ageno,* y arrostraban valerosamente la pobreza, en la que sin embargo, conservaban su indepenpendencia, antes que doblegarse á la servidumbre de aquel bienestar, que no procede de los propios esfuerzos. ¡Plegue al cielo que tales ideas y sentimientos lleguen un dia á penetrar en todas las inteligencias y corazones! Habremos dado entonces un paso de gigante hácia la perfeccion, y empezarán á alborear los tiempos de la regeneracion de la tierra, que nos brindará mayor felicidad de la que actualmente poseemos.

Cuando amamos el trabajo y cuando lo consideramos segun debe ser considerado, como ineludible ley del humano desenvolvimiento, ninguna de sus manifestaciones lícitas nos parece denigrante é indigna de nuestra condicion, cualquiera que sea esta. Entonces apreciamos la rigurosa exactitud del siguiente principio, digno de constante repeticion, á pesar de su vulgaridad: Siendo probo el que la desempeña, toda tarea es honrosa.

Las ocupaciones de la familia Lincoln eran rudas, manuales y agenas, como la que mas, de las nobles y enaltecedoras combinaciones de la inteligencia; pero en modo alguno denigradoras de la dignidad humana. Consistian en la roturacion de tierras vírgenes. Semejante ocupacion poco frecuente en Europa,—donde todas las regiones que no rechazan al hombre de su seno, han podido ser roturadas, gracias al mayor número de años con que ha contado aquel para luchar con la naturaleza,—es muy practicada en la jóven América, donde quedan aun muchos llanos por roturar. Sucede esto muy especialmente en los Estados-Unidos, cuyos habitantes profesan verdadero amor al trabajo, y arden siempre en deseos de mejorar la posicion social que ocupan.

La roturacion de tierras vírgenes, la tarea del *pioneer*,—que este nombre recibe quien á tal oficio se dedica,—sobre ser muy ruda y pesada, vá siempre acompañada de numerosos è inminentes peligros. Para poder alcanzar los medios de subsistencia, el *pioneer* ha de luchar con las fieras cuerpo á cuerpo, y para alzarse con el dominio del suelo, donde ha de edificar su cabaña, y con el de los alrededores, que serán su campo de labranza, ha de combatir con otro enemigo, mas temible y encarnizado quizá que las mismas fieras. El indio, viéndose obligado á ceder el terreno ocupado por el blanco, le ódia desapiadadamente, y no pierde ocasion de molestarle y procurar su ruina. Una distraccion

cualquiera, la mas leve imprudencia puede muy fácilmente poner en peligro la vida del hombre, que á tan azarosa ocupacion se consagra. Una de semejantes distracciones causó la muerte al abuelo de Lincoln, que sucumbió á manos de los indios, quienes le profesaban ódio implacable; porque era uno de los mas famosos roturadores del Kentucky.

Este acontecimiento, ó quizá la repugnancia que sentimos hácia todo lo que, en la limitabilidad de nuestros juicios, consideramos como causa de la muerte ó desgracia de las personas que apreciamos, determinó á la familia Lincoln á salir del Kentucky, para fijar su residencia en la Indiana. Acaso en esta resolucion entró tambien por mucho el deseo de atender á las necesidades de la vida, por medio de otra ocupacion mas llevadera y menos peligrosa. El pais elegido para el caso no era por cierto el mas á propósito, pues el condado de Spencer, donde fijó su residencia, era en aquella sazon poco menos que un desierto, y no es ciertamente en tales lugares donde podemos atender con desahogo á nuestras necesidades. En vano trabajó sin descanso, acogiéndose á todos los medios, para salir de la situacion en que se encontraba. La miseria arreciaba lo mismo en la Indiana que en el Kentucky, y el porvenir, léjos de ofrecerse despejado y risueño, aparecia cada vez mas terrible y oscuro.

El trabajo escesivo, la estrechez de la miseria y las angustias de no entrever situacion menos pe-

nosa, ocasionaron en la familia Lincoln una pérdida mas sensible aun que la indicada; porque habia de dar creces á la pobreza y á las penalidades, de que siempre vá acompañada. En 1819 falleció el padre de Lincoln, dejando á su esposa enferma y sin mas amparo que el de Abraham, —quien contaba por entónces diez años,—pues ningun recurso podia esperar de sus otros dos hijos ; porque á ninguna ocupacion podian aun dedicarse. Sobre Abraham pesaba, pues, la obligacion grande y santa de atender á la familia toda, y el modo como lo hizo constituye una de las mas brillantes páginas de su historia. Acerca de este periodo de su vida , del cariño que siempre profesó á su madre y de los asíduos cuidados, que dispensó á sus tiernos hermanos, llamamos muy especialmente la atencion de la clase á quien dedicamos esta obra.

El amor á la familia, procurándole con incesantes afanes todos aquellos medios que á la mayor felicidad conspiran, es, entre nuestros deberes, el primero y el que con mas asiduidad hemos de cumplir. Antes que todo y sobre todo lo de la tierra, está la familia, y descuidarla ó no afanarnos en la consecucion del mayor bienestar, que podemos proporcionarle, es dar pruebas de ingratitud ó de dureza de álma, cosas que implican siempre descrédito y menoscabo de la dignidad humana. Y esto sin contar con que debemos cumplir esta santa obligacion, no ya por tan elevado interes; sinó por el

material que resulta de la paz y tranquilidad domésticas.

Que á pesar de las circunstancias que la rodean, y de la falta de recursos y proteccion en que se encuentra, puede la clase obrera cumplir este sagrado deber, no hay que dudarlo, y Lincoln, con la elocuencia de los hechos de su vida, confirma nuestra aseveracion. El, pobre y falto de ayuda, lo cumplió siempre. ¿Y acáso no somos todos, como él, hombres? ¿Nó disponemos de los muy escasos medios, que tuvo á su disposicion?

Pártase del incontrovertible principio de que una voluntad inquebrantable y bien dirigida, lo consigue todo, hasta la perfeccion por el adelanto siempre progresivo; grábese en el corazon la idea de que el alma humana contiene en sí misma los gérmenes de todas las condiciones, indispensables á la realizacion de los derechos y al cumplimiento de los deberes; persuádase cada uno de que de él depende desenvolverlos, para lograrlo, y caerán destruidos los obstáculos, apareciendo entónces llano el camino que hemos de recorrer. Cuando el hombre se convenza de que no es un ser incompleto, abandonado al acaso, sinó una criatura perfectible capaz de todo bien, porque para todo bien tiene condiciones embrionarias; cuando se convenza de que los conflictos de la vida,—que, en nuestra irreflexion, llamamos males,—son elementos de desarrollo de las fuerzas nativas; es decir, verdaderos bienes; cuando todo

esto suceda, repetimos, nada parecerá imposible al espíritu decididamente resuelto á la consecucion del fin de la existencia, que no es otro que la perfeccion. Tranquilízense las almas pusilánimes; pues no entendemos hablar aquí de la perfeccion absoluta, que solo en la causa primera es concebible; pero sí de mucha mayor de la que por ahora, poseemos en la tierra. Muchas de las *utopias* del presente se realizarán en un porvenir mas ó menos remoto, quedando así demostradas todas las escelencias del vasto organismo, que llamamos el mundo de la tierra.

Pero volviendo á nuestro principal asunto, al cumplimiento de los deberes para con la familia, hemos de hablar de una circunstancia de la cual depende aquel. Nos referimos á la educacion que, por la práctica de la vida doméstica, ponen los padres al alcance de los hijos, y que, aunque no lo parezca, se relaciona íntimamente con los deberes para con la familia. Procurar que todos y cada uno de los actos, realizados en el hogar, puedan mañana ser públicamente reproducidos á la faz de la sociedad, sin suscitar la reprobacion de esta; predisponer á los miembros de toda la familia á la ejecucion de acciones laudables, haciendo que lo sean las que á su vista ejecutamos; he aquí uno de los mas trascendentales deberes, y acaso uno de los menos observados.

Créese generalmente y á menudo se repite, que

el niño, siempre voluble, enemigo de fijar por algun tiempo la atencion, cuando á ello quiere obligársele, no siente la influencia de los hechos que en torno suyo se realizan. Nada mas erróneo y destituido de fundamento que semejante principio. El niño, por razon de su misma volubilidad, es capaz de repartir su atencion entre lo que le ocupa y lo que suceda á su alrededor, en un momento dado; entre los grotescos movimientos del autómata, que se agita en sus manos, y la conversacion que junto á él se tiene. Casi nos atrevemos á asegurar de un modo absoluto, que nada de lo que acontece en el horizonte de su atencion y vista, pasa desapercibido para el niño, cuando para el adulto es, por decirlo así, indiferente todo lo que no se relacione directamente con el punto, objeto de su reflexion. Véase, pues, la indispensable necesidad de procurar que nuestra vida doméstica sea siempre irreprochable, y susceptible siempre de ser imitada con elogios por los que nos rodean.

La conducta del hombre, su porvenir por lo tanto, dependen ,sin duda alguna, de los ejemplos que, durante la niñez, se le han dado. Las circunstancias y contratiempos de la vida individual pueden modificar, y modifican, en efecto, la vida que en la familia, donde nos hemos desarrollado, llevábamos. Pero examínense á fondo y con la debida atencion las acciones del hombre, y siempre se encontrará en ellas, cuando no otra cosa, el gérmen de lo que vió

hacer ó aplaudir en la edad, en que empezaba á despertarse su inteligencia.

Lincoln fué afortunado bajo este concepto. Sus padres, luchando siempre con la desgracia, trabajando sin descanso por mejorar su posicion social, le enseñaron aquel amor al trabajo que á tan grandes y laudables acciones le condujo. Cariño y armonía observó incesantemente entre ellos, y Lincoln, reproduciendo, mas tarde, lo que habia observado; poniendo de manifiesto lo que en su alma habia grabado el ejemplo, no turbó nunca la armonía de la familia que tuvo que dirigir en lo sucesivo, y siempre le profesó todo el amor de que era susceptible su pecho. Estas escelentes prendas del jefe de familia fueron las que caracterizaron al jefe del estado. La esfera, permaneciendo la misma en la esencia, se habia dilatado; era, pues, preciso dilatar algun tanto los afectos, y así lo hizo Abraham Lincoln, al regir los destinos de la República. Su familia fué entónces la sociedad norte-americana, por la cual trabajó sin descanso y sin fatigarse nunca. Por la union, nérvio de la fuerza y prestigio de aquel admirable pueblo, lo arrostró todo, hasta la muerte, y por la libertad del esclavo luchó incesantemente, hasta conseguirla.

Otra de las circunstancias, que influyen en la vida del hombre son las creencias religiosas, sin las cuales no ha existido, ni puede existir pueblo alguno, quedando asi evidenciado que son una de las necesidades del espiritu humano.

El hombre, siendo lógico y consecuente, obra siempre de acuerdo con los preceptos de la religion que profesa. Si aquellos son materiales y groseros, groseras y materiales serán las acciones del hombre. Si la religion, cegando las fuentes de la esperanza, conduce á la desesperacion, el hombre, falto de constancia y de energía, se detendrá ante los mas insignificantes obstáculos. La abnegacion, la resignacion, las virtudes todas, en una palabra, nos parecerán, en tal caso, vaciedades sonoras, partos de imaginaciones calenturientas.

Mucho tino y mucha cordura son necesarios en punto á máximas religiosas. ¿Quién no se juzga un creyente modelo? ¿Qué religion no se vanagloria de poseer exclusivamente la única verdad salvadora? Y sin embargo, pocos son los buenos creyentes, y muy escaso es el número de los que practican la verdadera adoracion. En este nuestro siglo en que la materia amenaza invadirlo todo, la materialidad de la *forma* se ha sobrepuesto al *espíritu*, y abundan por lo tanto los hipócritas y fanáticos, los *sepulcros blanqueados* de que hablaba el divino maestro. El que ha cumplido escrupulosamente las exterioridades *que matan*, cree haberlo hecho todo. El espíritu *que vivifica* es considerado por la generalidad como un accesorio de escasa importancia. Hoy contamos tantas religiones como cultos, y sin embargo, una sola es la religion. Aquel que adora *en espíritu y en verdad,* aquel la posee y pertenece

de derecho á la única religion verdadera; á la cristiana.

¿Y quereis saber en que consiste la adoracion en espíritu y en verdad, esa adoracion sencilla y que inmediatamente se comprende y se identifica con el alma, como todo lo verdadero? Pues no consiste en ninguna otra cosa mas, que en el cumplimiento de todos y cada uno de nuestros deberes de hombre y de ciudadano. Poder decir con verdad, al reclinar nuestra frente:—He triunfado en la lucha con las solicitaciones del mal, he hecho todo el bien que me ha sido posible; he aquí la verdadera oracion, la mas acepta indudablemente al celeste Padre, que mira siempre las obras, y no las palabras dichas entre bostezos y vacías de sentido. La práctica constante y desinteresada del bien; esta es la oracion verdadera, el verdadero lazo que une á las humanidades con el Hacedor supremo.

Mucho tino y mucha cordura, volvemos á decirlo, son necesarios en punto á máximas religiosas; pero conocidas las mejores, no debemos cesar de aplicarlas. El escepticismo, en esta materia, es de todas las condiciones, la peor en que puede encontrarse el hombre. Preferible es una religion errónea á la carencia absoluta de ella, si es dable lo absoluto en asunto de tan imprescindible necesidad.

Las creencias religiosas de Lincoln eran las de la *Sociedad cristiana de los amigos*, ó la de los cuákeros, creencias basadas en un principio fecun-

do en buenos resultados, cual es el de la fé razonada en la Divinidad. Partiendo de él, los cuákeros deducen conclusiones que se califican de heréticas; pero que, hasta el presente, han producido escelentes resultados. Los cuákeros son modelo de virtudes evangélicas. ¿Qué mas puede pedírseles?

Lincoln, fiel á sus creencias, no cedió jamás ante los contratiempos. Puestos los ojos en el cielo, llena el alma de esperanza, ayudándose para merecer ser ayudado, todo lo sufrió con resignacion, esperando mejores dias, que no dejaron de llegar.

III.

Hasta la edad de veinte y un años, permaneció Lincoln en la Indiana, luchando con la fortuna que no se cansaba de serle adversa, y sin perdonar medio alguno para alcanzar el triunfo en tan reñido combate. Durante esta época, no hubo para él, segun dejamos dicho, oficio lícito que le mereciera el concepto de infamante. Todos, por humildes y manuales que fuesen, eran dignos del hombre que en nada mas que en su propio trabajo confiaba. Fiel á esta teoría, que es la única verdadera, se dedicó sucesivamente á la labranza, rigiendo el arado en la Indiana, con la misma constancia y aficion con que manejaba el hacha en el Kentucky; concurrió mas

tarde á un aserradero, donde en clase de aserrador mereció siempre elogios de sus principales y entró, por último, de aprendiz en una carpintería.

Persuadido en 1830, de que no era la Indiana pais á propósito para el mejoramiento de su posicion, emigró al Illinois, orillas del Mississipi, donde volvió á entregarse á las faenas de la labranza. Pero como por un insignificante salario se le exigia un trabajo considerable y, como por otra parte, y á consecuencia de la densidad de la poblacion, sobraban los brazos, resultando de esto la baja, siempre creciente, de la retribucion; Lincoln creyó oportuno marchar á la frontera, donde se consagró nuevamente á la azarosa vida de sus primeros años. Por espacio de dos, vivió de la caza y labrando las tierras que, como *pionneer*, habia disputado y conquistado á los indios. Trascurrido aquel tiempo, salvó las fronteras del Illinois, y fué á establecerse á orillas del Ohio y del Wasbach, donde, falto de otra ocupacion, se dedicó á la conduccion de harinas, convirtiéndose en barquero.

De todas las ocupaciones á que, hasta entonces, se habia dedicado Lincoln, la últimamente mencionada era, sin duda alguna, la mas cómoda y sosegada. Sentado en su balsa, cruzados los brazos y entregado por completo al reposo, podia cumplir sus obligaciones, sin otra molestia que la de abandonarse á la corriente. Muchos en su situacion se hubieran contentado con aprovechar el ausilio, que

buenamente le ofrecian las aguas, entregándose con entera libertad á los ensueños de la imaginacion, tan en armonía con aquel oficio y con las comarcas lozanas y risueñas del Nuevo-Mundo. El *Yankee* tiene sin embargo, la envidiable fortuna de hacer caso omiso de la imaginacion, cuando así le conviene; todo lo somete al riguroso exámen de la inteligencia y á las gratas, pero casi siempre inútiles espansiones de la primera, prefiere las áridas, aunque siempre provechosas combinaciones de la segunda.

Lincoln creyó indigno del hombre perder un tiempo que, bien empleado, podia darle escelentes resultados, y entre ellos, el de abandonar su oficio de barquero que, aunque muy cómodo, nada tenia de elevado, nada en que pudiese intervenir la razon, elemento que constituye la alteza de todas las ocupaciones, en que toma parte activa é inmediata. Recordó que los contratiempos de su vida no le habian permitido aun ocuparse de la parte mas noble de su sér, notó que su inteligencia estaba completamente inculta, reflexionó sobre las grandes ventajas de su cultivo, y se resolvió á estudiar. Dedicóse, pues, á la lectura, mientras su balsa se deslizaba por la superficie del Ohio, no con ánimo de pasar el tiempo agradablemente, sinó con la firme resolucion de sacar todo el provecho posible de los periódicos y revistas, únicos escritos que podia leer entónces, pues no llegaban otros á sus manos. Este medio de instruccion tan en armonía con la li-

teratura de los Estados-Unidos que, segun la feliz expresion de un autor, es un telégrafo eléctrico empleado tan solo en la rápida transmision de la noticia, de la imágen y de la idea; este medio de instruccion, aunque no baste por sí solo al concienzudo estudio de las cuestiones, no es empero, una pura ilusion, como pretenden algunos escritores respetables.

Es indudable que los periódicos no lo dicen, ni pueden decirlo todo, sobre las personas y las cosas. Tratándose de las primeras, ciertas consideraciones y la separacion de la vida en pública y privada, son obstáculos que actualmente se oponen á la esposicion del verdadero carácter de las personas. La ceguedad de las pasiones, por otra parte, y los elogios interesados son motivos bastantes á que tributemos alabanzas exageradas.

Por lo que á las cosas se refiere, está asimismo fuera de duda, que los periódicos dicen hoy mas ó menos de lo que realmente piensan y creen. Nada de esto es erróneo, nada carece de fundamento; pero ¿puede ser eterno? ¿sucederá siempre lo mismo? ¿es irremisible la exageracion de la prensa? Creemos firmemente que nó, y abrigamos la profunda conviccion de que, comprendiendo el periodismo su mision importantisima y trascendental, será con el tiempo un verdadero eco de la legalidad y de la rectitud, destinado á impedir las arbitrariedades y las extralimitaciones. La pasion, que puede ser y será

indefectiblemente refrenada, no intervendrá para nada en la libre manifestacion del pensamiento por medio de la prensa, y entónces tendremos un periodismo intachable, y en él una fiel manifestacion de lo que *debe ser*, en oposicion á *lo que es*.

Pero aun en los tiempos que alcanzamos, presta la prensa no pequeños servicios. El periodismo hace mucho, diciendo algo, aunque no sea todo; indicando las cuestiones y tratándolas en globo y rapidamente. Bástale á la humana inteligencia semejante estímulo, bástale la simple indicacion del punto en que debe fijarse, para que acuda á otras fuentes mas claras y capaces de proporcionar mayor solidez y amplitud á los conocimientos, que solo en gérmen nos ha dado el periódico. La curiosidad es instintiva, y una indicacion es suficiente, por lo tanto, paraque entre en deseos de satisfacerse, poniéndose asi el hombre en camino de recorrer, casi sin apercibirse, los eslabones de la cadena toda. Considerado de este modo el periodismo, léjos de ser una ilusion, es por el contrario, un poderoso ausiliar y móvil de la instruccion. Y las consideraciones espuestas no son meramente especulativas, pues la observacion de los hechos nos indica que se realizan con frecuencia en la pràctica.

Concretándonos al caso presente, Lincoln observó que los periódicos que leia, hablaban á cada instante de la constitucion y del respeto con que debe ser guardada, del código y de la estricta observan-

cia que han de merecernos todos sus artículos. Aquellos ni copiaban los del código ni insertaban los de la constitucion; pero indicaban que ambas cosas existian y que debian ser respetadas y guardadas, estimulando así la inteligencia al conocimiento de aquello que, vista la consideracion y respeto con que se le trataba, habia de ser muy digno de estudio y meditacion. El impulso estaba dado, y poco despues, el barquero del Ohio se entregaba al estudio de la constitucion y del código de su patria. La Providencia, por medio del periodismo, se complacia en indicarle el camino por donde llegaria, primero á ser uno de los mas distinguidos jurisconsultos de la República, y mas tarde, su digno presidente. La abnegacion y la esperanza, el trabajo y la constancia se acercaban al merecido premio.

Ciertos libros de geometría elemental, que por acaso vinieron á sus manos, despertaron en Lincoln la aficion á semejantes conocimientos, y habiendo adquirido buen caudal de ellos, abandonó la vida de barquero, y fué á establecerse en calidad de agrimensor, al condado de Sagamon. La fortuna empezaba ya á sonreirle, y su nueva profesion le proporcionaba medios suficientes para satisfacer sus necesidades, y hasta para hacer algunos ahorros, cuando desgraciadamente sobrevino la crisis financiera de 1837, que disminuyendo en sumo grado el valor de las propiedades, contuvo su ofre-

cimiento y venta. La profesion de Lincoln vino á serle punto menos que inútil, pues pocas ó ninguna vez se acudia á sus conocimientos sobre la medicion de terrenos. Algun tiempo despues, había consumido sus ahorros, y lo que es mas triste y doloroso aun, habíase visto en la precision de vender los instrumentos de su oficio, para atender con su precio al sostenimiento de la vida.

Detengámonos un breve espacio, y reflexionemos sobre esta nueva situacion del hombre eminente, cuya biografía trazamos, para apreciar, como ella merece, la grandeza y sublimidad de su conducta.

La miseria está rodeada de pesares y contratiempos. Es sensible y doloroso tener que trabajar sin descanso; tener que afrontar las mayores fatigas, para adquirir un pedazo de pan, que ha de servir no de solaz consumiéndolo; sinó para restablecer las fuerzas que hemos empleado en obtenerlo; fuerzas de que, al dia siguiente, hemos de valernos del mismo modo para alcanzar lo mismo, y ninguna cosa mas. Semejante situacion, volvemos á repetirlo, es tan triste y dolorosa, como se quiera.

Pero hay algo peor aun, algo menos soportable y que produce mas tristeza y desconsuelo. Entre la pobreza, cuyos efectos no nos impresionan tanto, por lo mismo que ningunas otras comodidades hemos conocido, y la miseria á consecuencia de un golpe de fortuna, y despues de haber disfrutado las delicias del bienestar, lo primero es menos descon-

solador; lo segundo es casi irresistible, y son precisas mucha fuerza de voluntad y mucha confianza, para no entregarnos á la desesperacion. No son pocos los que, careciendo de ambas, se dejan dominar por la melancolía, que tarde ó temprano origina la perturbacion mental, ó por la desesperacion, siempre irreflexiva, que conduce á uno de los mas grandes delitos; al suicidio. Estas frases no necesitan prueba, porque desgraciadamente se ven probadas con frecuencia por los hechos, que á nuestra vista se realizan.

Abraham Lincoln tenia bastante virilidad de espíritu y elevacion de inteligencia, para no doblegarse á las circunstancias, y no se doblegó, en efecto. Luchar con ellas, hasta vencerlas, es el deber del hombre, y él, que jamás faltó á ninguno de los suyos, supo cumplirlos todos en aquella ocasion. Lleno de vigor y de salud, teniendo disponibles los brazos, sabiendo manejar el hacha y dirigir una balsa, amando el trabajo, sin temer sus desazones, y contando además con un caudal inagotable de abnegacion y de esperanza, ¿habia de entregarse á la desesperacion? Ceder á los obstáculos, él que tan acostumbrado estaba á despreciarlos y á vencerlos siempre! Era esto digno del hombre, del sér fuerte y robusto; porque es libre é inteligente? Nó ciertamente.

Lincoln, pues, no tuvo que hacer esfuerzo alguno para olvidar sus instrumentos de agrimensura,

que la suerte contraria le habia arrebatado, y empuñar el hacha, que habia sido reemplazada por aquellos. Convertido en *rail spitter*, se dedicó á la venta de travesaños para las vias férreas, y de aquí que, como fuesen ya conocidos su talento y las aplicaciones, que de él habia hecho, le quedase el sobrenombre de *rail spitter* con que, aun siendo presidente, era designado.

Recordando, mas tarde, las delicias de su vida de barquero en el Ohio, y ofreciéndosele ocupacion en los vapores del Mississipi, que hacen el servicio de Nueva-Orleans, se colocó en ellos. Parece que las peregrinaciones fluviales estaban destinadas á que pudiese atender al cultivo de su inteligencia, y nuevamente le vemos dedicado á la lectura de libros y revistas, despues de haber cumplido sus obligaciones.

Algun tiempo despues, intentó probar fortuna, y abandonó su oficio de barquero por otro menos pesado y mas lucrativo. Lincoln anhelaba una posicion desahogada, deseaba el bienestar no para entregarse á sus embrutecedoras delicias, sinó para adquirir aquel grado de independencia, que nos hace dueños de nosotros mismos en cuanto podemos serlo. En un pais donde, como en los Estados-Unidos, se goza de la mayor libertad posible, solo la pobreza constituye inferioridad entre los hombres igualmente instruidos; inferioridad exclusivamente privada, por otra parte. Como ciudadanos, todos son

iguales en la República. Estas ideas animaron al *rail spitter*, que estimaba la independencia en lo muchísimo que ella vale, y prescindiendo de los vapores de Nueva-Orleans, se estableció por su cuenta y riesgo, abriendo una tienda, en la ciudad de Decatur. Pero de este modo no le era dable utilizar mas que una parte de su capital, y precisamente la mas pingüe, la que mejores resultados podia proporcionarle, quedaba sin empleo alguno. Sus conocimientos y el producto de sus meditaciones, acerca de la constitucion y del código, sobre permanecer ignorados, no le prestaban la utilidad de que eran susceptibles. Un *yankee* no se resuelve nunca á dejar inactiva parte alguna de sus fuerzas; partiendo del saludable principio de que todos los medios que tiene el hombre á su alcance, son elementos del desarrollo de la vida, por lo cual es un deber sagrado aprovecharlos, pone en constante actividad todo lo que lícitamente pueda serle útil. Lincoln, á fuer de buen *yankee*, juzgó acertadamente que, sin dejar de ser comerciante, podia ser maestro de escuela, creyó que era perder un tiempo precioso no emplear en algo útil el que le quedaba libre, despues de cerrada la tienda por la noche, y haciéndolo como lo pensaba, se dedicó á la enseñanza.

Los mismos principios y reglas de conducta, que tan buenos y fecundos habian sido para él, y los mismos preceptos religiosos, que le habian dado el

vigor y constancia que á los obstáculos oponia, esplicaba á sus discípulos con la claridad y sentido práctico, que le caracterizaron en la resolucion de los complicados y difíciles negocios del estado. Apenas sabian aquellos leer, les esponia, comentándolos, los articulos de la constitucion, é indicándoles los derechos y deberes del ciudadano, les hacia comprender la inmensa utilidad del justo y perfecto conocimiento de ambas nociones. ¡Cuánta prevision y qué profunda apreciacion de la humana naturaleza revela este hecho, sencillo en apariencia!

El derecho y el deber, he aquí el resúmen del hombre. Comprender bien el derecho, formarse una idea exacta del deber y esplicarse claramente la correlacion de estas dos nociones, es tener muchísimo adelantado en la ciencia de la vida. El hombre sin derechos, ó que no comprende su valor,—lo cual es casi lo mismo,—está á muy corta distancia del bruto. El hombre que, por el contrario, se resiste al cumplimiento de los deberes, vá camino del crímen y, aunque por distinto sendero, llega á la esfera de los irracionales. Apesar de la contradiccion aparente, el deber, lo mismo que el derecho, nos hace fuertes. Cumpliendo aquel, nadie puede negarnos *justamente* el goze de este, pues acatando el primero, proclamamos tácitamente nuestra inviolabilidad en la realizacion del segundo. El derecho no es posible sin el deber, como no lo es el deber sin el derecho. En el primer caso, tendríamos la licen-

cia, la tirania de muchos; en el segundo, la esclavitud, la tirania de unos cuantos, y siempre el desórden, la perturbacion y el anonadamiento de la sociedad. Es preciso tenerlo muy presente; el hombre es *hombre,* cuando goza de sus derechos, que son todas las condiciones necesarias á su mayor y mas rápido desenvolvimiento moral é intelectual, y cuando cumple sus deberes, que son todas las condiciones indispensables al desarrollo de sus semejantes. La libertad no puede, ni debe tener otro límite que la libertad. Todos los otros que se le oponen son artificiales é ilegítimos, por lo tanto. Así debia reflexionar Lincoln, y lo primero que, en consecuencia, trataba de cimentar en sus discípulos era la nocion del derecho y del deber, que constituye á un mismo tiempo nuestra dignidad y nuestra fuerza. El ciudadano digno, siempre es fuerte. Los tiranos de todos los tiempos lo saben, y no pierden las ocasiones de enervar la dignidad. Conviene, pues, que digamos otra vez, que el límite de la tiranía es la dignidad de los ciudadanos.

M. Aquiles Arnaud, biógrafo de Lincoln, ha dicho, que del maestro de escuela al procurador no hay mas distancia que la representada por el espesor del código. Para Lincoln, que conocia ya perfectamente el de su pais, no existia ni siquiera esta distancia. Con desear ser procurador y con que le ofreciese la casualidad una ocasion propicia, pasaba Lincoln de la cátedra del maestro al bufete del

procurador. No faltó ni lo uno, ni lo otro. Quiso la suerte que vacara en el oficio, de que era dueño un vecino suyo, una plaza de pasante, y habiéndole sido propuesta á Lincoln, la aceptó desde luego. Su constancia y aficion á los estudios juridicos hicieron de él, á la vuelta de muy pocos años, un profundo conocedor del derecho, de modo, que pudo sin contrariedad establecerse por su propia cuenta. Su honradez en los negocios, su asiduidad en llevarlos á buen término, el talento que desplegaba en conducirlos, y la afabilidad que dispensaba á sus clientes, le grangearon una reputacion que quizá sobrepujó á sus esperanzas.

En 1837, contando veinte y seis años de edad, juzgó que la pequeña ciudad de Decatur era horizonte poco dilatado y, buscando otro mayor, pasó á Springfield, donde se estableció en sociedad con Jonh T. Sewart. Las mismas cualidades que tanta nombradía le habian valido en Decatur, le grangearon, en Springfield, el puesto mas distinguido entre los abogados allí residentes.

Pongamos término en este punto á la primera parte de la vida de Abraham Lincoln. En dos solas palabras podemos compendiarla: TRABAJO y ESPERANZA. Trabajo como único y exclusivo medio legítimo de vencer todos los obstáculos; esperanza siempre en el resultado, no desconfiando nunca de las propias fuerzas y del poderío de la voluntad.

Hasta ahora, hemos visto á Lincoln ignorado y

oscuro, cumpliendo sus deberes con firmeza inquebrantable. En adelante, descubriremos en él las mismas cualidades y el mismo carácter en la resolucion de mas árduas cuestiones. Si se nos pregunta en cual de estas dos contrapuestas situaciones es mas admirable, respondemos que en absoluto lo es igualmente en ambas. Hagamos notar empero, una circunstancia digna de mencionarse. Parece que el hombre de estado, el hombre público, por lo mismo que sus acciones están sujetas á la pública censura, por lo mismo que obra ostensiblemente y á la faz de todos, no merece los elogios que aquel, que pudiendo obrar sin mas testigos que su propia conciencia, no se aparta sin embargo, del estrecho camino del deber. En el primer caso, hay motivos para sospechar que, junto al amor que por el bien se siente, existe el temor á la censura; en el segundo, el amor al bien es la causa única, aparente y real de la rectitud en las acciones. Así consideradas las cosas, es preciso convenir desde luego, en que Lincoln, honrado leñador, es mas digno de elogios, que Lincoln, honrado presidente de la Repùblica.

Quede sentada esta teoría para estímulo y recompensa de muchos, de muchísimos obreros que, sin obtener alabanza alguna, oscuros é ignorados, cumplen sus deberes sin otro móvil que el amor á ellos. No importa que la sociedad, esa sociedad que se desdeña de mirar hácia abajo, pase de largo,

sin contemplar un instante tamaños ejemplos de virtud y abnegacion. Sobre la sociedad, que se cree, en su nécia vanidad, superior á todo, está la conciencia, y sobre ambas, aquel Juez supremo, justicia por escelencia, que dá á cada uno segun sus obras y merecimientos. Adelante, pues, camino de la virtud, que la virtud es lo único inmutable y verdaderamente grande en el mundo. Todo lo demás es humo, que puede complacer á los espíritus poco adelantados; pero que, bien examinado, queda reducido á nada. *Vanidad de vanidades*, como dice el libro de los libros.

SEGUNDA PARTE.

I.

Hemos dejado á Abraham Lincoln ejerciendo en Springfield la profesion de abogado, con elogios de todos sus clientes y gozando de una reputacion de rectitud y suficiencia por nadie puestas en duda.

De la vida del jurisconsulto á la del hombre político, no hay mas que un paso, franqueable con la misma facilidad con que franqueamos la corta distancia que vá de las causas á sus efectos. Luchar por la distribucion de la justicia y la realizacion de los derechos; estudiar y conocer los que nos competen, sin afiliarnos á alguna de las agrupaciones, que han ideado formas para el sostenimiento de los últimos y mayor garantía de la primera, es punto menos que imposible. Semejante predileccion puede permanecer oculta en el fondo de nuestra alma; pero no porque deje de ser pública, carece de existencia real.

Lincoln jurisconsulto, hombre reflexivo y ciudadano amante del bien y prosperidad de su patria, hubo de pensar forzosamente en el partido político á que debia afiliarse, y para esto fijó su atencion en los dos que definitivamente existen en la Union americana, examinando los principios por cada uno de ellos sustentados.

La agrupacion de los demócratas, exagerada en sus convicciones, ó por lo menos, en los principios que como suyos propala, quiere siempre llevar las cosas à su último estremo. Defiende la soberanía absoluta de los estados, que componen la República, hasta hacerla superior al lazo federal, representado por la constitucion, por cuyo medio tratan de conseguir la perpetuacion de ciertas instituciones que, aunque implícitamente eran admitidas por el pacto constitucional, están, sin embargo, en abierta oposicion con la dignidad humana y con la índole de las bases fundamentales del gobierno de la Union americana. Partidarios de la doctrina de Monroe, los demócratas sueñan en su realizacion absurda, en formar, por medio de las anexiones, una vasta democracia de toda la América, supeditada, como se deja comprender, á los Estados-Unidos. En realidad poco amigos de la libertad y de la igualdad, no cesan de proclamarlas amplísimas y á cada momento, confirmando de tal manera el principio inconcuso de que aun para procurar su ruina, es preciso proclamar las escelencias del bien. Los de-

mócratas, á pesar de sus exageraciones y de sus pomposas afirmaciones, son los adalides de la esclavitud en América y los decididos partidarios de cualquiera empresa ó intervencion, que dé por resultado un acrecentamiento del territorio de la República.

Los republicanos,—que forman el partido contrario del anterior,—admiten como base fundamental de todas sus convicciones, la unidad de la República. *Uno para todos, todos para uno*: hé aquí su divisa. Como los demócratas, aman la doctrina de Monroe y sueñan en su realizacion; pero de una manera lógica; es decir, sosteniendo el principio natural y justo de que la América, formando los diversos estados que por las fronteras naturales vienen determinados, se basta á sí misma en el gobierno, sin necesidad alguna de las influencias europeas. Amantes verdaderos de la libertad y de la igualdad, son los enemigos irreconciliables de la esclavitud y de toda inmixtion en otros asuntos que no sean los de la República, ó los que con ella directamente se relacionen. Los republicanos no pretenden ejercer en los otros estados americanos ó europeos mas influencia, que aquella que deduce la lógica de la prosperidad y beneficios ocasionados á la Union por las instituciones populares. Su medio de propaganda es la evidencia de los resultados obtenidos.

¿A cuál de estas dos agrupaciones podia y debia inclinarse Lincoln? Conocidos su carácter, su hon-

radez y su elevacion de miras, es de suponer que debia afiliarse, como lo hizo, al partido republicano para nunca separarse de él, y para luchar, hasta morir, por la realizacion de sus principios. El modo como cumplió sus propósitos queda dicho y demostrado con saber que, á pesar de la guerra civil y de la separacion, que aquella hacia inminente, logró conservar la Union, venciendo la arrogancia de los *sudistas*.

En sus discursos y con sus actos de hombre político. dió tales y tantas pruebas de la rectitud de sus intenciones y de su firmeza para realizarlas en el poder, que, despues de haber sido enviado por tres veces en clase de representante al congreso de su estado, fuélo en el mismo concepto, y en 1847, al de la Union por el partido republicano del Illinois. Entró Lincoln en el congreso de Washington el primer lúnes de diciembre, y á penas hubo tomado asiento, se levantó para protestar contra la guerra de Méjico que consideraba injusta é inconstitucional, lo cual demostró con irrefutables argumentos.

Este amor á la justicia y respeto á la constitucion fueron siempre el punto de partida de todas sus resoluciones. La justicia y la constitucion formaban parte integrante de su propia existencia; de modo, que la defensa de aquellas era en su ánimo de igual conveniencia y necesidad que para él su propia vida. Bajo este aspecto,--y si tratando de un hombre

tan pensador como Lincoln, se nos permitiera hablar de movimientos agenos á la razon,—diríamos que las defendia instintivamente.

Segun tenemos dicho en otro lugar, Lincoln pertenecia por sus creencias religiosas á la secta de los cuákeros. Los cuákeros han sido, desde su aparicion, los adversarios constantes de la esclavitud; la trata ha encontrado siempre un decidido enemigo en la *Sociedad cristiana de los amigos*, y desde 1783, pedia esta la abolicion de aquella y combatia denodadamente el infame comercio de carne humana. Lincoln, pues, no perdió la primera ocasion que en el congreso se le presentaba, para hacer solemne manifestacion de sus creencias sobre el particular. Combatió la esclavitud, demostró su injusticia, patentizó sus inconvenientes, puso en claro sus peligros y concluyó por declararse partidario de la abolicion, *aunque sin desarrollar sistema alguno abolicionista*. Téngase presente esta circunstancia; porque arroja mucha luz sobre la validéz de los fundamentos en que apoyaba el Sud sus pretendidos motivos de separacion.

Dos años mas tarde, en 1858, sostuvo Lincoln en pró de la abolicion uno de esos combates, tan frecuentes en los pueblos libres, y en los cuales dan los combatientes inequívocas señales de su energía de voluntad y de la firmeza de sus convicciones. El senador esclavista Douglas emprendió la tarea de recorrer todos los estados de la Union, pronuncian-

do discursos favorables al mantenimiento de la esclavitud. Lincoln no le perdió de vista un solo instante; como Douglas, recorrió todos los estados, y á penas concluia este su peroracion esclavista, se levantaba aquel para empezar la suya abolicionista. Este espectáculo interesante, esta lucha oratoria, verdadera revolucion social de los pueblos que, al calor de la libertad, han progresado, no terminó para Lincoln, hasta que Douglas hubo pronunciado su último discurso. Hasta aquel momento, siempre vió Douglas levantarse en frente suyo la benévola, pero enérgica figura de Abraham Lincoln.

Al empezar la primavera de 1860, se hallaban sobrecogidas las agrupaciones políticas en los Estados-Unidos. Una idea, hasta entónces ignorada de todos, se dejaba entrever y ocupaba á los hombres pensadores de entrambos bandos. ¿Era posible la dislocacion en dos distintas, de la gran República americana? La generosa tentativa de John Brown, precursor de Lincoln y primera existencia sacrificada en aras de la abolicion, habia sido para ambas agrupaciones la señal de alarma. El pensamiento abolicionista habiase encarnado; la vida de la esclavitud estaba, pues, amenazada de muerte; porque en el vasto plan de la creacion ninguna idea conforme con el progreso de la humanidad, se detiene irremisible y terminantemente en su desenvolvimiento. Las detenciones, que á muchos impacientan y desaniman, son intermitencias necesarias al

mas perfecto coronamiento del resultado final. La humanidad avanza siempre, pero no puede hacerlo á paso de gigante; porque es un verdadero pigmeo ante la actividad absoluta. En el mundo moral, como en el físico, nunca *dá saltos la naturaleza.*

En el referido estado se encontraban los ánimos, cuando llegó la época de la eleccion presidencial. Ante un acontecimiento que, como el indicado, debia forzosamente realizarse, era preciso decidirse á obrar, y así sucedió, en efecto, dando por resultado las convenciones de los partidos cuatro candidatos á la presidencia; tres por la democrática y uno por la republicana. Esta última presentaba al *rail spitter,* á Abraham Lincoln.

El seis de noviembre, elegidos y reunidos los electores especiales de cada estado, procedieron á la votacion definitiva del presidente, que debia serlo el que obtuviese mayoría absoluta. El número de electores era el de 303; aquella, pues, habia de ser la de 152. A media noche, el telégrafo anunció á todos los estados de la Union americana, que habia sido elegido presidente, por una mayoría, de 180 votos, Abraham Lincoln. El nuevo dia saludó al que en los altos designios de la Providencia, estaba llamado á iniciar la nueva era en los Estados-Unidos.

Detengámonos en este punto; volvamos la vista hácia atras, y observemos la cadena de acontecimientos que llevamos recorridos. En uno de sus

4

estremos, hallamos al hijo del pueblo, al pobre huérfano, leñador de oficio; en el opuesto, encontramos al presidente de la mas poderosa República del mundo, al jefe supremo de una de las mas pujantes naciones que hayan figurado en la tierra. ¿Qué descubren los ojos de la inteligencia en los eslabones intermedios? Una sola palabra, pero palabra mágica, como representativa que es de la ley universal impuesta á la humanidad, para avanzar siempre, sin detenerse nunca, por el camino indefinido del progreso. *Trabajo*, he aqui la palabra, he aqui la ley regeneradora, y como tal, salvadora de la humanidad.

Reflexione la clase obrera un dia y otro dia sobre el triunfo de Abraham Lincoln; deduzca de él las consecuencias que lógica y naturalmente se desprenden, y atempere á ellas su conducta sin desesperarse un solo instante en la vida. El trabajo hizo del Abraham Lincoln, leñador, el Abraham Lincoln, presidente de la República, y el trabajo puede, sin duda alguna, operar muchas conversiones tan inesperadas y sorprendentes como la que nos ocupa. No es ciertamente Lincoln el único y exclusivo en la historia, y la razon afirma de una manera categórica, que sometiéndonos á la ley del trabajo, podemos subir, uno tras otro, todos los escalones que conducen á la mayor perfeccion posible en este nuestro mundo.

No murmuremos, pues, de nuestra suerte, ni

abriguemos infundados rencores contra los que, mas dichosos *ó quizá mas desgraciados* que nosotros, pasan la vida en el fausto y entre las delicias de los sentidos. Recordemos, por una parte, *que mucho será pedido al que mucho ha recibido*, y por otra, *que nada, absolutamente nada de lo que acontece en el universo, deja de estar encaminado á la mayor conveniencia y perfeccion de sus habitantes*. Nada se pierde en el mundo, y hasta lo que solemos llamar *infortunios* son *beneficios*, que debemos acoger con verdadero agradecimiento. El dolor!... ¿Acaso sabemos lo que significa? No nos dice la esperiencia que el mismo pesar nos sugiere siempre el modo de evitarlo, empujándonos de tal manera hácia la perfeccion? ¿Y quien puede asegurar que no merece el sufrimiento que esperimenta? ¿Quien afirmará deliberadamente que, á pesar de lo que llama sus *desgracias*, no se le ha tratado con mas consideracion aun de la que en realidad podia esperar? ¿Qué sabemos del pasado? ¿Qué descubrimos en el porvenir? Persuadámonos de que todo lo merecemos por el pasado, y de que todo lo alcanzaremos en el porvenir; no hagamos infructífero con nuestras inútiles quejas el corto período de la existencia, y no desmayemos nunca. Si nos sentimos fatigados, reposemos el tiempo necesario, en el mismo lugar donde nos sorprenda el cansancio, sin cuidarnos de sí es el esplendoroso palacio del magnante, ó la ruinosa cabaña

del mendigo; sin envanecernos; porque estamos perfectamente á cubierto de la intemperie, ni desesperarnos; porque los rayos abrasadores del sol de estío dificultan nuestra respiracion y queman nuestro cútis. La vida actual es un segundo que se pierde en el seno de la eternidad, como el grano de arena en el seno de los mares. Trabajemos incesantemente, es decir, luchemos con los obstáculos que se oponen al sucesivo desenvolvimiento de nuestras fuerzas nativas, y amemos al universo entero con aquel amor inmenso, que no reconoce valladares. *Trabajemos y amemos*; esto es, PROGRESEMOS, ó dicho de otro modo: VIVAMOS.

El cuatro de marzo de 1861 fué el designado para que el nuevo presidente jurara la Constitucion, solemnidad que tuvo lugar en el Capitolio. Las treinta y cuatro estrellas de la Union americana ondeaban en todos los edificios asi públicos, como particulares, y el gentío, que acudió á presenciar la ceremonia, era inmenso. Los veteranos de 1812, agrupados en torno del estandarte que ostentaba Washington en los combates, precedian á la carretela en que iban Buchanan, presidente cuyos poderes terminaban, y Lincoln, presidente electo. Detrás de aquella, seguian los ex-presidentes de los Estados-Unidos, los jueces de la corte suprema, el cuerpo diplomático, los miembros de la asociacion republicana, los del congreso, los secretarios de estado, los gobernadores y ex-gobernadores de los

estados, los delegados de estos y los oficiales del ejército y marina. Cerraba la comitiva el pueblo, precedido de un carro alegórico, en el cual iban dos jóvenes de quince años, que representaban los estados del Norte, la una, y los del Sud, la otra. Además de estas dos, treinta y cuatro niñas de diez años, ostentando cada una la bandera de su estado respectivo, completaban la alegoría. *Las dos primeras, el Norte y el Sud, se estrechaban amistosamente las manos.*

Llegados al Capitolio, el senador Baker presentó el nuevo presidente al pueblo con estas sencillas palabras: *Permitidme que os presente á Abraham Lincoln, presidente electo de los Estados-Unidos de América*, palabras que fueron acogidas con estrepitosas señales de entusiasmo. Restablecido el silencio, hizo uso de la palabra Lincoln. Su discurso, como todos los suyos, fué corto, lógico y terminante. *He declarado constantemente* — dijo — *que no quiero intervenir ni directa ni indirectamente contra la esclavitud en los Estados, en que existe esta institucion. No lo deseo; ni tengo derecho para hacerlo.* Y mas adelante: *En vuestras manos, conciudadanos descontentos, y no en las mias, está la terrible cuestion de la guerra civil. Si no sois los agresores, no habrá conflicto.*

Una salva de aplausos coronó el discurso de Lincoln, quien en seguida prestó juramento en manos del juez presidente de la corte suprema, anciano venerable de ochenta y cuatro años.

Yo Abraham Lincoln, juro solemnemente mantener, proteger y defender la constitucion de los Estados-Unidos.

Tales fueron las palabras que pronunció en aquel instante supremo para un hombre que, como él, habia de cumplir á toda costa lo que bajo juramento prometia. Los acontecimientos se encargaron de demostrar, que sus palabras fueron exacta manifestacion de los sentimientos y convicciones, que abrigaba. Jamás ha tenido la constitucion norte-americana mas fiel sostenedor. Alguno de sus predecesores quizá, quizá alguno de sus sucesores le haya igualado, ó le iguale en tan noble empresa. Dudamos sin embargo, que ninguno le haya superado, que ninguno le sobrepuje.

II.

La elevacion de Lincoln á la presidencia de la República, y lo que esta elevacion significaba, el triunfo del partido republicano, fueron recibidos en los estados esclavistas con marcadas señales de disgusto. Apesar de las manifestaciones pacíficas de aquella agrupacion política, y de las insinuaciones conciliadoras del nuevo presidente; los dos senadores de la Carolina del Sud presentaron su dimision, y abierta la convencion de dicho estado, el diez y siete de diciembre, aprobó el veinte el acta, en cuya virtud *quedaba disuelta la union entre la Carolina del Sud y los otros estados, conocidos bajo*

el nombre de Estados-Unidos de América. El veinte y cuatro, se retiraron del congreso los seis diputados que en él la representaban, y desde entónces, se iniciaron por parte del Sud los preparativos militares. No estuvo sola la Carolina en su empresa inconstitucional, pues sucesivamente se le adhirieron la Georgia, el Alabama, la Florida y el Mississipi.

En presencia de tales acontecimientos, el mayor Anderson, que ocupaba el fuerte Moultrie, amenazado por los separatistas y no creyéndose seguro, lo desocupó, el veinte y siete, por la noche, refugiándose en el Sumpter, que ofrecia mas seguridad, en caso de ataque. Irritados los de Charleston con semejantes precauciones, se apoderaron no solo del fuerte abandonado, si que tambien de varios edificios, pertenecientes algunos á la Union, lo cual implicaba una ruptura material del pacto federal.

Conocida la posicion difícil del sobredicho fuerte, la prensa del Norte reclamó con insistencia que se lo abasteciera convenientemente. M. Buchanan, cuyos poderes no habian terminado aun, ordenó el abastecimiento, intimando empero, al jefe de la nave encargada de hacerlo, que se abstuviese de toda manifestacion hostil. El steamer *the Star of the West* fué recibido á cañonazos. Algunas balas deterioraron el casco de la embarcacion. El jefe, atemperándose á las órdenes que se le habian dado, regresó á Nueva-York.

El Norte se limitó á pedir satisfaccion de lo

acontecido al comisario de la Carolina, y la prensa, por su parte, censuró enérgicamente la conducta de los de Charleston. La Carolina declaró, que aprobaba todo lo hecho, y que consideraria como una ruptura cualquier acto que se encaminara á abastecer el fuerte. Buchanan, á parte de otras debilidades cometidas en tales circunstancias, incurrió en la cobardía de no intentar por segunda vez el abastecimiento. M. Buchanan pertenecia al partido *sudista*.

Pero no se detuvieron aquí las contemporizaciones del Norte. Un mes hacia ya que Lincoln se encontraba al frente de la República, corria válido el rumor de que el fuerte Sumpter iba á ser atacado, y el gobierno nada resolvia sin embargo, temeroso de que se juzgasen hostiles sus disposiciones.

Los *sudistas*, deseosos de dar principio á la guerra, y viendo que no se le ofrecian motivos, se resolvieron á atacar el Sumpter. El general Beauregard intimó al mayor Anderson el abandono del fuerte, y como aquel se negase á hacerlo, empezó contra él un vigoroso ataque. Por ambas partes se hicieron prodigios de valor; pero á las treinta y ocho horas, considerando Anderson inútil la resistencia, izó la bandera blanca, y se rindió con los honores de la guerra. Al entregar su espada el mayor Anderson, Beauregard se negó á admitirla; porque *no podia desarmar á un oficial tan valiente*. Estas frases de su adversario son el mejor elogio del mayor Anderson.

Hemos referido este incidente con todos sus pormenores; porque él es el verdadero punto de partida, para saber á quien debe exigirse la responsabilidad de aquella formidable lucha, y de sus desastrosas consecuencias. Siendo justos é imparciales, no se hará responsable á Lincoln de nada de lo acontecido. Todo eso le toca de derecho á los *sudistas*. No le privemos, pues, de su triste privilegio.

No es nuestro objeto, ni pertenece á la naturaleza de esta obra seguir paso á paso todas las batallas y peripecias de ese cuadro sombrío, que conocemos con el nombre de guerra civil de los Estados-Unidos de América. Nos limitaremos á breves consideraciones, paraque por ellas juzguen nuestros lectores de la magnitud y trascendencia de aquella formidable lucha.

Lo primero que á la inteligencia se ocurre, al examinarla, son los pocos ó ningun motivo fundado, que la originaron. Una administracion republicana y el advenimiento á la presidencia de un hombre que, aunque opinaba por la abolicion, nada habia dicho, ni hecho que revelara deseos de resolver violentamente ese problema, no son causas bastantes á que los estados esclavistas se alarmasen, hasta el punto de dar por rota la Union. Debieron esperar los acontecimientos ulteriores, y no solo no los esperaron, sinó que los precipitaron, declarándose en abierta hostilidad. El acta de la Carolina del

Sud y la toma del fuerte Sumpter justifican nuestro aserto. Este último acontecimiento fué el verdadero principio de la guerra; principio tan poco trascendente, que no hay ninguna, por insignificante que sea, en la cual no hallemos muchos sucesos de la misma naturaleza.

Atacar y tomar un fuerte, aunque bien construido y artillado, guarnecido solamente por setenta hombres de guerra, es cosa harto insignificante. Si á esto se añade que por una de esas estrañas coincidencias no murió en la toma del fuerte un solo hombre, habrá de convenirse en que el principio de la lucha, que nos ocupa, no pudo ser mas exíguo de lo que realmente fué.

¡Qué contraste entre este que pudiéramos llamar el prólogo de la obra y su terminacion!

La toma de Richmond es un hecho gigantesco, ante el cual se detienen con admiracion los mas grandes génios militares. El por si solo basta á hacer digno de inmensa reputacion al general elegido para llevarlo á cabo. La humanidad ha sido justa en este punto, y coloca hoy entre las eminencias militares al jóven general Grant.

Entre los dos indicados estremos, nada falta para hacer de la de los Estados-Unidos una de esas guerras, que merecen el dictado de titánicas. Las médicas, las púnicas, las cruzadas y otras mas recientes aparecen pequeñas, comparadas con ella. Batallas que duraron dias enteros, andando siem-

pre indecisa la victoria, en las que tomaron parte miles de combatientes, de las que resultó un número sorprendente de muertos, heridos y prisioneros; combates y espediciones navales, como la toma de Charleston y la bahía de Móbila, que fueron espanto al mundo entero; máquinas de guerra que, como el *Monitor* y la *Merrimac*, causaron en un solo momento la mas profunda revolucion conocida en las construcciones navales; corsarios, como el Alabama, que en brevísimo tiempo, corrian distancias increibles, destruyendo siempre; rasgos de abnegacion y de heroismo, que nada tienen que envidiar á los de Roma y Esparta; combinaciones y planes que igualan á los de los mas esclarecidos caudillos; nada, en una palabra, nada faltó á aquella lucha de incansables atletas.

El mundo entero sintió sus fatales consecuencias y todas las clases de la sociedad fueron víctimas de sus resultados desastrosos. El comercio estaba como si careciese de su verdadero fundamento; las industrias paralizadas; los brazos sin ocupacion á que dedicarse; el capital sin empresas que acometer; el crédito vacilante en todas partes y arruinado en muchas. Europa se sentia sobrecogida de espanto y América no hallaba medio de salir de la penuria, que la aquejaba. La creencia, generalmente admitida aquende los mares, de que los Estados-Unidos eran un *pueblo de mercachifles* que solo para especular servia, desapareció como por encan-

to. No fué, desde entónces, empresa de poca monta y realizable por unos cuantos miles de hombres, guiados por un caudillo algo audaz, la de partir de Europa; llegar á las playas americanas; desembarcar en uno de sus puertos; vencer los insignificantes obstáculos que pudieran presentarse y entrar, en son de triunfo, en la misma Washington. Comprendió Europa con temor y desagrado, que *los mercaderes* de América sabian, en caso de necesidad, manejar el fusil y la espada; comprendió el viejo continente que la jóven América sabia y podia, siéndole preciso, disponer una flota inmensa, un ejército dispuesto á todo, y no arredrarse ante los ejércitos y las naves europeas. Valor, abnegacion, disciplina y todas las buenas cualidades se echaron de ver entónces en el soldado americano, no faltando escritores y generales europeos que digeran y probaran, que nada tenia que envidiar América á Europa, en punto á condiciones para la guerra. Aunque algo tarde, la verdad se hizo el lugar que se le negaba y en esta, como en todas las ocasiones, ha correspondido con beneficios á las ingratitudes.

El conocimiento del poderio de los Estados-Unidos ha sido una nueva y formidable base para el equilibrio y la paz universal. Por lo mismo que se les conoce, que se les cree capaces de hacer frente á los estados de Europa y que se les respeta, como merecen, no es ya tan fácil un rompimiento, y antes al contrario, aconseja la conveniencia el mante-

nimiento de las relaciones amistosas, que en estos instantes existen. ¡ Permita el cielo que, para bien de la humanidad, no llegue nunca el caso de tener que acudir á las armas para decidir cuestion alguna! ¡Quiera Dios que los cables trasatlánticos, orgullo y triunfo de nuestro siglo, sean eternos lazos de amor y fraternidad inquebrantables que unan las voluntades, como unen actualmente los pensamientos!!...

Conseguido esto, parécenos muy fácil la consecucion de la buena armonía entre Europa y toda la América. Entónces, y solo entónces, hará aquella á esta todo el bien que puede y debe hacerle, y no andará, como hoy anda, la *vírgen del mundo* esquiva y ceñuda con su madre Europa. ¡Felices una y mil veces lo que esto vean; porque de ellos serán las primicias de la fraternidad y de la concordia!...

Durante la guerra, hubo de elegirse nuevo presidente. Muchos eran los candidatos; pero de todos ellos triunfó Abraham Lincoln, propuesto, como la primera vez por el partido republicano. Una mayoría de ¡cuatrocientos mil votos! llamó nuevamente al *rail spitter* á la direccion suprema de la República.

En treinta de enero de 1865, á propuesta del presidente, la cámara de los representantes de Washington decretó por 119 votos contra 56 la abolicion de la esclavitud y de la servidumbre involuntaria en todos los Estados-Unidos. La ley no

constaba mas que de un solo artículo. Sabido el resultado de la votacion, no fué posible restablecer la calma y sofocar las muestras de entusiasmo, de modo, que hubo de darse por terminada la sesion. La ley humanitaria se habia sobrepuesto á la política.

No se crea sin embargo, que esta medida fué tomada de improviso. Semejante procéder hubiese sido indigno de un hombre como Lincoln. Otras disposiciones la habian precedido; de modo, que la que nos ocupa fué una consecuencia obligada de las otras. Llegadas las cosas al punto á que habian llegado, era indispensable la ley emancipadora; Lincoln debia proclamarla, y no vaciló un momento en hacerlo. El cielo se lo habrá premiado, y la humanidad debe agradecérselo. No ha faltado empero, quien se lo haya censurado diciendo, que la ley fundamental no le autorizaba á variar las instituciones particulares de los estados. Esto es cierto; pero tambien lo es que el presidente de la República, como jefe supremo de la fuerza armada, podia y debia privar á los revolucionarios de todos los recursos que empleaban contra la conservacion de la Union, y el mas considerable de ellos era, sin duda, el trabajo servil. Así lo comprendió Lincoln, y como medida de guerra abolió la esclavitud.

La lucha seguia mas encarnizada que nunca. Tratóse alguna vez de venir á un acuerdo; pero fué imposible consentir en las exigencias de los *sudistas*, que persistieron en ellas, hasta la toma de Rich-

mond. Este hecho puso fin á la guerra, que duró cuatro años. En ella, sin contar los enormes gastos del Sud, se emplearon cuantiosas sumas y murieron cerca de dos millones de hombres. He aquí todo lo que fuè preciso, para devolver á una parte de *la raza de Dios* los derechos que, sin razon, le habia arrebatado la otra. Los errores de la humanidad cuestan siempre lágrimas de sangre.

En la primera parte de esta biografía hemos emitido nuestra opinion sobre la guerra; pero creemos oportuno desenvolver, en este punto, nuestras ideas acerca del particular. En estos nuestros dias en que á cada instante nos vemos amenazados por ese azote de las naciones, en que no se habla mas que de la guerra, y en que al parecer se preparan todos los pueblos á hacerla, conviene sobre manera que de ella nos ocupemos desapasionadamente, haciendo lo posible por disponer los ánimos de un modo útil à la humanidad.

La guerra es siempre un mal, y á lo mas, puede, en ciertas ocasiones, calificarse de *terrible necesidad*. Llamados todos los pueblos, en un porvenir mas ó menos remoto, á vivir en perfecta concordia, unidos por los indisolubles lazos de la fraternidad universal, segun las consoladoras promesas del mártir del Gólgota, todo lo que hagan los hombres directa, ó indirectamente, en contra del cumplimiento de semejantes promesas, es, á no dudarlo, un mal del que debemos lamentarnos. La guerra,

aumentando por el derramamiento de sangre los motivos de desunion que hoy existen, retarda la fraternidad universal, y es una verdadera trasgresion de la ley de amor y un mal, por consiguiente. Esta sola razon basta á hacer odiosas esas encarnizadas luchas, que libran entre sí las naciones, y cuyos resultados finales son en definitiva perjudiciales á los vencedores, á los vencidos y lo que es peor aun, á los que han permanecido neutrales. En virtud de la solidaridad, que es uno de los principios fundamentales del universo, la violacion de una cualquiera de las leyes eternas que lo rigen, ocasiona una perturbacion universal.

No somos empero, optimistas hasta la ceguedad. Creemos firmemente que la guerra desaparecerá de la tierra; en nuestra fé basada en las deducciones de la razon, estamos intimamente convencidos de ello; como amantes de la civilizacion y de la humanidad entera, deseamos con vehemencia que lleguen los tiempos prometidos; pero, en medio de todo esto, no dejamos de conocer que en la actualidad, es tristemente necesaria la guerra, en ciertas ocasiones. Todo tiene su época determinada en el plan divino, nada faltará á su tiempo, como nada, hasta el presente, ha faltado; pero parece que no hemos progresado bastante los hombres, paraque nos veamos libres de ese terrible medio de regeneracion.

La observancion nos autoriza sin embargo, á de-

cir, que no está ya muy léjos la época en que la humanidad sustituirá á los inconvenientes de la guerra, los innumerables beneficios de la paz y de la concordia.

Sí, la guerra es aun necesaria; ¿péro cuándo? En un solo caso; cuando sea puramente defensiva. Entónces, si no es legítima, es disculpable. En todos los otros supuestos, no pasa de ser un instrumento de desatentadas pasiones y de bastardos intereses, censurables en sí mismos y en sus medios y forma de realizacion. La sangre en ella vertida, caerá sobre los agentes activos que la vierten, y las muertes en ella ocurridas, son asesinatos cometidos con la calma y premeditacion del asesino de oficio.

Procuremos, pues, ver claro en este asunto, que es de la mayor importancia. Cuando injustamente se nos ataque, abramos la guerra defensiva, siempre empero, con dolor y sin ódio hácia el hermano que obcecado se perjudica á sí mismo y trata de perjudicarnos, violando la ley eterna y universal de amor. En todos los otros casos, unamos nuestras voluntades y nuestras voces en una sola, para procurar detener en sus fratricidas planes al aventurero que intenta hacernos cómplices de su ambicion ó de su nécia vanidad. Antes que imitar á Cain, á la personificacion de uno de los mayores crímenes, el fratricidio, tengamos el valor de desafiar las iras impotentes de *los legionarios de la Jerusalen celeste!* Esto aconseja el deber, y no hemos de vacilar nunca en su cumplimiento.

III.

Lo hemos dicho , y volvemos á repetirlo : siempre es sensible que haya de verterse sangre en los campos de batalla ; porque implica siempre una violacion de la ley de amor y un obstáculo levantado á la realizacion de la fraternidad universal. Pero, en medio de todo esto, la guerra tiene siempre escusas mas ó menos valederas, y en alguna ocasion, hemos de aceptarla, *por ahora*, como un mal sensiblemente necesario. Lo que nunca es necesario, lo que jamás tiene escusa ni remotamente valedera, es la sangre vertida por el crímen. El soldado es un instrumento de nuestro estado de atraso ; el criminal es el mas deplorable engendro de la perversion de la humana naturaleza. Merece compasion, como todo elemento que voluntariamente se aleja de la esfera de accion que, para su progreso y rehabilitacion le ha sido concedida ; pero jamás ha de merecer de nuestros lábios la mas insignificante frase de exculpacion. El crímen no tiene mas que un nombre y un orígen , aunque este último aparezca bajo mil faces distintas. El nombre lo tenemos ya dicho; el orígen lo hemos indicado, y no es otro que el hecho de alejarnos de la esfera de progreso y rehabilitacion. El mas noble y grandioso resultado—en apariencia—, obtenido por medio del

crímen, se encuentra, por decirlo así, saturado de su orígen, y es en realidad un resultado criminoso. La humanidad entera, inclusos el autor y cómplices del crímen, no se engañan, ni engañarán nunca sobre este particular. La conciencia, esa intuicion de lo bueno, de lo justo y de lo bello absolutos, no se deja seducir por los argumentos especiosos con que á veces se quiere satisfacerla.

De la guerra y de la sangre en ella vertida hemos hablado; del crímen y de la sangre derramada por él, nos toca hablar al presente.

¿Qué le faltaba á Abraham Lincoln para ser mártir de una causasanta, si no verter su sangre por ella? ¿Qué le faltaba á su gloria y á su personalidad, para que se destacasen mas aun, sinó un acto ignominioso junto á los suyos esclarecidos y ante su figura radiante,una figura sombría? Pues no faltó ni lo uno, ni lo otro. A la vida de sacrificios del exterminador de la esclavitud en los Estados-Unidos puso término el asesinato, y junto á la radiante figura de Abraham Lincoln, se levanta en la historia la figura sombría de Wilkes Booth. Pasemos, pues, rápidamente sobre este acontecimiento, como el viandante sobre el endeble puente, que uniendo las dos cumbres, oculta el precipicio. De las glorias de la humanidad, que la enaltecen siempre, conviene hablar con el mayor detenimiento posible ; sus errores debemos reprobarlos enérgica, pero brevemente.

El viernes santo, 14 de abril de 1865, celebró

Lincoln consejo de ministros. Informóse del estado de los asuntos, y despues de manifestar que en sueños habia previsto el resultado de todas las batallas, la víspera de su realizacion, dirigiéndose al ministro de marina, le dijo:

«Mirad, M. Welles, mi sueño de anoche se relaciona con vuestro departamento. Soñé que veia una nave surcando las aguas con rapidez maravillosa, y esto presagia indudablemente un acontecimiento nacional de suma importancia.»

Y no se equivocó el *honrado Abraham*, pues habia visto en sueño y simbólicamente lo que habia de suceder, y sucedió, en efecto. La nave, que durante la emancipacion de su alma habia visto Lincoln; la nave ricamente empavesada de todas las virtudes y acciones heróicas, hendia, á la mañana siguiente, las regiones del espacio, encaminándose con rapidez maravillosa al puerto donde se reunen los que, sobreponiéndose á todo, cumplen la mision que les ha sido confiada. El acontecimiento nacional no fué, como los otros, motivo de satisfaccion, sinó de pesares y tristezas. La humanidad en su egoismo, llora mas de una vez la felicidad de los mismos seres á quienes aprecia.

La nave, vista por Lincoln, era él mismo, que tocando los límites de este revuelto océano que se llama vida, caminaba rápidamente á la verdadera vida de los buenos, que llamamos muerte en la tierra.

A las ocho de la noche, Lincoln y su señora subieron al coche, y despues de reunírseles la esposa del senador Harris y el yerno de este, dirigiéronse al teatro Ford, donde tomaron asiento en el palco de proscenio de la izquierda.

El presidente habia estado de muy buen humor, sin que nada indicase en él la mas remota sospecha de que se conspiraba contra su existencia. La representacion habia llegado á la segunda escena del tercer acto. De repente, sigilosa y misteriosamente penetra en el palco presidencial un hombre, que se aproximó sin vacilacion á Lincoln. Entónces se dejó oir una fuerte detonacion, y muy pocos instantes despues, todas las miradas se fijaban en el palco del presidente. Lincoln habia recibido una herida mortal en la cabeza.

El mayor Rathburn, que distinguió, á pesar del humo, al asesino, intenta apoderarse de él, este le hiere en el brazo, deja en manos de aquel un pedazo de levita, salta al escenario, toma una actitud trágica y exclama:

Sic semper tyranis.—Así siempre con los tiranos.—*El Sud está vengado!*

Sic semper tyranis!... De todas las ocasiones en que se ha pronunciado esta frase, en ninguna seguramente se ha hecho con menos razon y mayor injusticia que, cuando respecto de Lincoln, la pronunció Booth. Llamar tirano al varon ilustre que sostiene á su pesar una encarnizada lucha de cuatro

años, por devolver á una raza los derechos que se le negaban, es lanzar la calumnia mayor que jamás haya salido de humanos labios; es sentar el mas falso de los hechos, dando, al mismo tiempo, inequívocas muestras de obcecacion. Impudencia, y no poca, se necesita, para aplicar á Lincoln, al mártir de la libertad, el denigrante epíteto de tirano. De la exactitud de este aserto, juzguen los lectores que hayan recorrido estas páginas, los hombres imparciales que hayan seguido á Lincoln desde su infancia, hasta su muerte.

Nó, no fué un tirano Abraham Lincoln, ni en su vida de pobre leñador, ni siendo jurisconsulto, ni cuando ocupó la elevada posicion de presidente de la República.

La justicia, el derecho y el deber fueron siempre la pauta de su conducta. Léjos de favorecer la tiranía, procuró minarla por su base, esponiendo, cuando á la enseñanza se dedicaba, los verdaderos fundamentos de la justicia, haciendo comprender todo el valor de los derechos y deberes del ciudadano, procurando el triunfo de los primeros en la defensa de sus clientes y luchando, hasta caer moribundo al golpe de un asesino, por estirpar la esclavitud, esa violacion de la justicia, del derecho y de todo lo respetable que existe.

Desde el primer instante, se notó que Lincoln estaba mortalmente herido. Trasladósele del teatro á casa de M. Paterson. A las siete de la maña-

na del otro dia, la respiracion del moribundo se hizo mas difícil; á las siete y veinte y dos minutos, reinaba el mas profundo silencio en la habitacion; el moribundo hizo un movimiento casi imperceptible, y sin contorsiones, con la tranquilidad y calma de los justos, exhaló el último suspiro. Trasladado el cadáver á la Casa Blanca, y estraida la bala, fué embalsamado. Sobre el ataud se puso una plancha de plata con esta sencilla inscripcion:

ABRAHAM LINCOLN,

DÉCIMOSESTO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

NACIÓ EL 12 DE FEBRERO DE 1809.

Los obsequios fúnebres tributados á Lincoln en Washington, Baltimore, Harrisburg, Filadelfia, Nueva-York y Springfield, prueban claramente el aprecio que á todas las clases de la Union-Americana merecian las sublimes virtudes de aquel varon esclarecido. Los soberanos de Europa y los representantes de la prensa no retardaron la manifestacion del horror que les inspiraba el asesinato y el sentimiento que les ocasionaba la muerte del digno presidente de la República. Ante la tumba del ciudadano virtuoso y del funcionario probo, no hubo mas que una voz para condenar á Booth y glofiricar á Lincoln. Compadezcamos nosotros al primero y esforzémonos en imitar al segundo!...

TERCERA PARTE.

I.

Los hombres que consagran su existencia á la felicidad de sus semejantes, no desaparecen de este mundo cuando mueren. La muerte es un accidente que nos arrebata su presencia física, sin que pueda privarnos de su presencia moral, de la contemplacion de un ser especial, que confundido con el de los varones eminentes, se vá desarrollando. El sér á que aludimos es resultado de las acciones del hombre. Este se trasforma, muere, valiéndonos de la palabra vulgar; pero con su vida no termina la buena, ó mala reputacion que su conducta le ha creado. La reputacion, á semejanza del espíritu, que es eterno, no fenece nunca. Asi consideradas las cosas, podemos decir que el hombre jamás muere para la tierra. Su personalidad puede ocultarse á nuestros ojos; su reputacion está, siempre que queremos,

ante nuestra inteligencia. De aqui la necesidad en que se encuentra el biógrafo, de no detenerse en la tumba del individuo, cuya biografía traza, y la de estudiar inmediatamente despues de lôs hechos que en su conjunto forman la vida, aquellos que en especial constituyen su reputacion. Nosotros, respecto de Abraham Lincoln, tenemos practicado lo primero; hemos descrito las adversidades de su vida; hémosle visto nacer pobre é ignorado de todos; le hemos seguido en las distintas ocupaciones á que hubo de dedicarse, y contemplado finalmente su elevacion al mas distinguido puesto á que puede aspirar el hombre en los Estados-Unidos. Réstanos, pues, para poner fin á nuestra tareâ, examinar aquellos acontecimientos de su vida que especialmente forman su reputacion.

La vida de Lincoln, como presidente de la República, queda, en nuestro concepto, reducida á dos solas cuestiones, y acaso á una, dado que la otra fué el medio de que hubo de echar mano para resolver aquella. Estas cuestiones son: la de la guerra civil americana y la de la esclavitud.

Acerca de la primera, hemos emitido ya nuestra opinion. La hemos deplorado, sin convertirla en arma contra la reputacion de Lincoln, la hemos calificado de medio imperfecto, pero necesario por ahora, á causa de nuestro actual estado de atraso. Huyendo de las exageraciones, y mirando las cosas como han de ser miradas, hemos dicho que debe-

mos procurar prescindir de tan peligroso recurso, fuera del caso en que se haga preciso para nuestra defensa. Fuélo para los Estados-Unidos en la cuestion de la ésclavitud, y en este concepto, léjos de ser motivo de censura para Lincoln, nos pareció causa legítima de merecidos elogios. Cuando de males se trata, hemos de atender no á la cosa misma, sinó al modo de llevarla á término. De esto último solamente es responsable el hombre ; porque solamente en ello entra la deliberacion. Lo primero es fatal, ineludible y ageno de la humana voluntad, base de la responsabilidad. Si á los males de la guerra en sí misma se añaden los de los medios, es justamente responsable de estos el que la hace. ¿Fué esta la conducta de Abraham Lincoln? Nó. Difícilmente registrará la historia en sus páginas lucha mas terrible y encarnizada que la de los Estados-Unidos, y en la cual sin embargo, se haya abusado menos de la fuerza y de la posicion, en que vino á quedar finalmente el vencido. En los campos de batalla los insurrectos del Sud eran elementos de destruccion de la Union americana, enemigos de la República, y como tales debian ser tratados, y lo fueron. A sus numerosos ejércitos, se opusieron ejércitos mas numerosos aun; á sus crecidas sumas para obtener el triunfo, se respondió con sumas mayores que hiciesen posible la victoria; á sus mañosos ardides, se contrapusieron ardides mas mañosos aun; á sus desvastadores proyectiles,

proyectiles mas terribles, si cabe; á sus estupendas máquinas de guerra, inventos mas estupendos aun; y en una palabra, no perdonó Lincoln medio alguno para superar á los enemigos de la sociedad americana, y reducirlos á la obediencia, aunque para ello fuese necesario anonadarlos. Esto hizo Lincoln en los campos de batalla; porque habia jurado solemnemente *mantener, proteger y defender* la constitucion.

Fuera de los campamentos, los insurrectos eran ciudadanos de la Union, individuos de la *raza de Dios*, hermanos, y como tales fueron tratados. *No somos enemigos, sinó amigos*, habia dicho Lincoln á los estados esclavistas, cuando por primera vez juró la constitucion, y no desmintió con los hechos lo que con los labios prometió en aquella ocasion solemne. No le toca, pues, responsabilidad alguna á causa de la guerra civil. Hubo de emplear un mal para el cumplimiento de su mision, y lo empleó sin aumentarlo. ¿Qué mas puede exigirse?

La segunda cuestion de las dos que hemos enunciado es la de la esclavitud. Examinémosla, hagamos sobre ella las observaciones á que se presta, enumeremos sus inconvenientes, y asi sabremos si valia la pena de arrostrarlo todo para estirparla. Probado esto, habremos demostrado que *Abraham Lincoln fué un varon ilustre, digno de ser ofrecido como modelo.*

II.

La esclavitud se asemeja á las afecciones morales. Estas van destruyendo insensiblemente al hombre que, léjos de procurar su curacion, se complace en darles pábulo. Aquella vá minando las sociedades donde existe, y que en vez de hacer todo lo posible por esterminarla, conspiran tanto como pueden á su acrecentamiento. Si la esclavitud concibiese pensamientos y los espresase por medio del lenguaje, podria decir de sí misma, imitando á Atila: «Yo soy el azote de Dios: en el lugar donde asiento mi planta, todo muere para no volver á germinar.» Esto sin duda alguna, han querido significar los escritores, cuando lo han llamado el *cáncer de las sociedades*.

La esclavitud, ese cáncer de las sociedades, se ha vengado de los estados que se complacian en alimentarla en su seno. Ella fué muy poderosa parte á la destruccion de los vastos imperios de Oriente; ella dió en tierra con las repúblicas griegas; ella abrió á los germanos las puertas de la señora del mundo, la antigua Roma; ella puso en inminentes peligros, durante la Edad-media, á los

estados modernos que se salvaron de su ruina, gracias á la influencia bienhechora y fecunda de la sublime religion del Crucificado; ella fuè una de las causas de que España viese hundirse para siempre aquellos dilatados dominios, donde nunca se ponia el sol; ella está hoy amenazándola con terribles catástrofes que, para bien de todos, no quisiéramos ver realizadas; ella motivó el período de trasicion porque pasan actualmente las repúblicas hispano-americanas; ella produjo la formidable guerra de los Estados-Unidos, y ella finalmente es causa del desasosiego que trabaja hoy á aquella poderosa República.

Todos los males que se observan en los paises donde existe esclavitud, cuando no son producidos, son sostenidos por ella. Y no es estraño; porque la esclavitud se dirige inmediata é irremisiblemente á la corrupcion del elemento, base de las sociedades, el individuo. Maleado el individuo, quedan maleadas la familia y la sociedad. Si álguien duda de la exactitud de estas palabras, creyéndolas exageradas, medite sobre las siguientes definiciones: Esclavitud es el estado *contra naturaleza* del hombre que se encuentra en *dominio* de otro. Dominio es el derecho que nos compete en nuestras *cosas*, para usar de ellas sin mas cortapisa que la ley. Consumirlas en provecho nuestro, venderlas y destruirlas, aunque al hacerlo no reportemos utilidad alguna; he aquí lo que significa el dominio en

las cosas, y esto significa la esclavitud en su genuino sentido.

Bien es cierto que la civilizacion, el cristianismo, ha relajado esta institucion, disminuyendo en buena parte su dureza. Hoy no es ya lícito, como lo fué en otro tiempo, castigar ruda é inconsideradamente al esclavo, sin otra razon que el bárbaro capricho de su señor; hoy no acontecen otras semejantes cosas, cuyo recuerdo basta á hacer aborrecible la esclavitud. Pero no se crea sin embargo, que deja de ser odiosa y de enardecer la sangre al hombre que, estimando la dignidad humana, acalla la voz del egoismo. Nó, no se crea eso, ni mucho menos.

Aparte de que si la esclavitud no es tan atroz, se debe á las conquistas de la libertad y no á la institucion en sí misma que, por el contrario, implica toda clase de atrocidades; aparte esto, lo que de la esclavitud nos resta es bastante á que todo hombre humanitario la deteste y luche por hacerla desaparecer.

Hoy no se castiga al esclavo por el mero capricho de castigarlo; pero se le azota cuando su señor, sin mas parecer que el suyo, lo juzga necesario; hoy no se le quita la vida violentamente, pero á la esclava que lleva en su seno un hijo, pedazo de sus entrañas, se la obliga á trabajar lo mismo que si se encontrase en estado normal, con lo cual dicho se está, que no ha de ser difícil el aborto; hoy se le

condena á las mas rudas faenas bajo los rayos de un sol abrasador, sin concederle otro reposo, durante el dia, que el necesario para devorar el tosco y á veces escaso alimento, que ha de restablecer las fuerzas agotadas por el trabajo. Y como si esto no fuese bastante, el pobre esclavo que ha desempeñado la parte mas pesada de la produccion, no retira nada, absolutamente nada de la distribucion. Todo es para el señor que premia los servicios de aquel, considerándole de inferior calidad, dirigiéndole altiva y desdeñosamente la palabra y mandándole azotar, porque estenuado de cansancio, abandonó sin permiso el trabajo para buscar reposo en las delicias del sueño. Y cuando el remedio no surte los efectos apetecidos; cuando el esclavo continúa *siendo hombre*, fatigándose en el trabajo y procurando con el sueño reparar las fuerzas, el señor, llamándole antes díscolo y vagamundo, se deshace de él trasfiriendo el *dominio* de *su cosa* por un puñado de monedas. El esclavo deja en propiedad de su antiguo amo una mujer, á quien estaba unido por los ùnicos lazos que están á su alcance—el concubinato—; unos hijos á quienes ama como aman todos los padres, unos amigos que de algun consuelo le servian en sus adversidades. Llora, se desespera, blasfema acaso; pero en vano, porque el señor inexorable no revoca el contrato, y manda que el esclavo sea arrebatado á las caricias de la que le hace veces de esposa, á los besos de sus hijos y al afecto de sus amigos.

Esta es la esclavitud de nuestros dias; esto queda de ella, despues de las conquistas de la libertad y de las luchas de la civilizacion con la barbárie.

No han faltado varones ilustres que hayan tratado de legitimar la esclavitud, ni faltan actualmente personas ilustradas que aboguen por su conservacion. Aristóteles, que tantas y tan fecundas verdades legó á la humanidad, dijo, é intentó probar, que ciertos hombres nacen predestinados á ser esclavos de los otros, incurriendo de tal manera en un error y en una blasfemia. No dejan sin embargo, de citarle los esclavistas modernos y de desenterrar los argumentos que empleó el filósofo griego. Pero todos ellos sirven únicamente para demostrar que á la sustentacion del absurdo, no bastan razones y sutilezas. Solo la fuerza puede por algun tiempo hacerle prevalecer. El mayor ó menor desenvolvimiento intelectual, el mayor ó menor desarrollo físico, la mayor ó menor aptitud para soportar las fatigas del trabajo corporal, las diferencias de color, la poca belleza de los rasgos fisonómicos y todas las otras sutilezas de que se ha hecho mérito para legitimar la esclavitud, no tienen valor alguno ante esta verdad: *fuera de las diferencias accidentales, que por serlo carecen de importancia, no existe ninguna esencial entre el señor y el esclavo*. Semejante verdad, escrita en la naturaleza de cada uno de los séres racionales que pueblan el universo, dá márgen á incontestables argumentos que, en gracia de la

brevedad, omitimos. Dedúzcanlos del principio consignado los lectores. Si esceptuadas, pues, las diferencias accidentales, resultado en muchas ocasiones de la actividad peculiar á cada uno, todos somos iguales; ¿con qué autoridad se atreve el hombre á corregir el plan divino, mejor dicho, á turbarlo, introduciendo diferencias y desigualdades, que no reconocen mas causa que el egoismo? El egoismo, he aquí el único, el verdadero orígen de la esclavitud.

El hombre, gracias á la Providencia que desea nuestro progreso, viene á este mundo rodeado de necesidades. La necesidad no satisfecha, causa malestar, produce sensaciones desagradables. La satisfaccion, á su vez, se alcanza por medio del trabajo, y este, como todo esfuerzo de la humana naturaleza, origina desazones y fatigas. Colocado entre estos dos estremos desagradables, el hombre obedece al instinto de conservacion, y busca por sí mismo la satisfaccion de sus necesidades, á menos que no tenga á su lado un sér sobre quien descargue el peso del trabajo, aprovechando él egoistamente las delicias de la satisfaccion. De este modo apareció la esclavitud en la tierra, y el que acabamos de exponer es su orígen racional. Los derechos del vencedor sobre el vencido, la debilidad del sexo, la degeneracion de raza, la deuda, el delito y en una palabra, todas las otras esplicaciones á que se ha recurrido, son antifaces del verdadero origen.

La humanidad no confiesa nunca sus faltas. Aunque las reconozca, procura siempre legitimarlas. Esto y no otra cosa le ha sucedido y le sucede aun con la esclavitud. ¿Cómo, pues, hemos de estrañar que no confiese su falta, su desapiadado egoismo?

Y no se crea que nosotros calificamos el egoismo de *defecto del plan divino*, como hacen otros muchos. Nó; estamos íntimamente persuadidos de que nada hay defectuoso por sí mismo en el universo. Esos que se llaman *errores de la naturaleza* son desviaciones que el hombre, en virtud de su libre albedrio, hace de sentimientos ó instintos que le fueron dados para su progresivo perfeccionamiento. El mal entra siempre en el mundo por el hombre y nó por Dios.

El egoismo, encerrado en sus naturales límites, es un bien, una rueda indispensable por ahora, cuando menos, á la armonía de este pequeño universo que se llama tierra. ¿Péro cuales son los límites del instinto que nos ocupa? Siempre que el hombre, rehuyendo el trabajo, lucha con la naturaleza para arrebatarle los secretos que nos emancipan de las faenas materiales, el egoismo humano es un bien; porque se mantiene en sus naturales límites. Siempre que, por el contrario, rehuyendo el hombre el trabajo, lucha con el hombre para obligarle á que se esfuerze en obtener la satisfaccion de necesidades que no son las suyas, y esto sin retribucion de ninguna clase, el egoismo huma-

no es un mal; porque ha salvado sus límites naturales. El egoismo, en el primer caso, produce las máquinas, esos maravillosos aparatos que, dando creces á los medios de subsistencia, han roto uno de los eslabones de la cadena que liga al hombre á la materia; origina la imprenta, segunda y cariñosa madre del pensamiento, que lucha incesantemente por salvarle del olvido, y abre, para decirlo de una vez, la puerta á todos los humanos perfeccionanamientos. El egoismo, en el segundo caso, engendra la guerra, palenque de todas las atrocidades, dá vida á la esclavitnd, á esa tea que tantos incendios lleva producidos y abre el sendero á todos los errores, que alejan á la humanidad de la perfeccion á que intuitivamente aspira.

Segun la opinion mas generalmente aceptada, fué introducida en América la esclavitud por insinuacion del venerable Bartolomé de las Casas, quien compadecido de los malos tratamientos que con los indios se empleaban, procuró aliviar la suerte de estos, reemplazándolos por otra raza menos acreedora al aprecio de sus semejantes—asi se raciocinaba entónces.—Nosotros rechazamos esta opinion. No es lógico, ni se comprende que *el apóstol de los indios* tratara de sugetar á una raza á las fatigas que deploraba en otra. Esto hubiese sido una contradiccion á todas luces manifiesta, y los hombres, ni siquiera por el propio interes, obramos nunca tan contradictoriamente. Por otraparte,

si en alguna ocasion habló las Casas de los negros, fué para pedir que no se les esclavizara; para suplicar en favor de ellos lo que en favor de los indios suplicaba. Esto dicen sus mas notables biògrafos, y esto está en armonia con la vida del virtuoso apóstol.

En nuesto concepto, débese la introduccion de la esclavitud en América al ejemplo dado por los portugueses, que de mucho tiempo hacia se dedicaban á la trata. Llegada la época en que, á consecuencia del esterminio producido por los combates y los malos tratamientos, disminuyó considerablemente el número de los indios, los españoles adoptaron el sistema de sus vecinos, y se hicieron traficantes de carne humana. Esta esplicacion nos parece mas lógica, tanto porque está en armonia con la natural tendencia del hombre á la imitacion, como porque no envuelve contradiccion alguna.

En agosto de 1619, arribó á las costas de los Estados-Unidos un buque de guerra holandes. En él iba el gérmen de los trastornos que con el tiempo habian de conmover la República. Los holandeses vendieron á los colonos veinte africanos, primeros mártires en aquellas comarcas, del egoismo de sus hermanos. Dos años mas tarde, empezó el cultivo del algodon, quedando en tan breve espacio de tiempo planteada la esclavitnd y la escusa para sostenerla, y firmados los divinos decretos acerca de la suerte futura de John Brown y de Abraham Lincoln.

III.

La ciencia ha hecho ya todo lo que podia y debia hacer respecto de la esclavitud. El derecho, demostrando su injusticia, y la economía, patentizando sus inconvenientes, han llevado el convencimiento á todos los ánimos, hasta al de aquellas personas que, por tener esclavos actualmente, desean la conservacion de la esclavitud. Nadie cree formalmente hoy que existe derecho para que un hombre esclavice á otro hombre, y nadie deja de estar persuadido de que el trabajo libre es tanto, ó mas productivo que el servil. Cuando álguien afirma lo contrario, afirma lo que en realidad no siente. La ciencia, volvemos á repetirlo, ha dicho ya su última palabra respecto de la esclavitud. Contra esta debe en la actualidad hablar el sentimiento. Preciso es, no yá dirigirnos á la inteligencia, sinó al corazon de los lectores. Una pintura viva de los sufrimientos del esclavo, de los castigos que se le imponen, de las privaciones á que está sugeto, de las penalidades que le rodean y de su constante vida de martirio; hé aquí las armas que deben emplearse contra la dominacion del hombre por el hombre, y estas hemos empleado nosotros. Apesar de lo que acabamos de indicar, vamos á emitir algunas considera-

ciones legales y económicas sobre la esclavitud, á fin de que este breve estudio sobre esa institucion no parezca incompleto. Obedecemos, haciéndolo así, no á una necesidad de los actuales tiempos, sino á una precision de órden.

Todas las cosas cuentan, entre las varias condiciones que le dàn su manera peculiar de ser, una tan necesaria, tan esencial à la cosa misma, que sin ella, la existencia seria de todo punto imposible. Todo lo que existe en el mundo tiene su causa inmediatamente sostenedora de la vida, y esta causa es en los contratos, el consentimiento. Sin este, no son posibles aquellos. Ahora bien, admitamos la equiparacion de la esclavitud á los contratos. ¿Existe consentimiento en ella? La naturaleza humana responde racionalmente que nó. ¿Es dable que consienta álguien en esclavizarse? Es concebible que el hombre se determine voluntaria y espontáneamente á abdicar de su dignidad y con ella de todos los derechos, para someterse al pleno dominio de otro? ¿Qué fin noble realizaria, procediendo de tal manera? ¿Qué utilidad reportaria? Ninguna, y antes por el contrario, se someteria á la mas dura suerte condenàndose á toda clase de sufrimientos y trabajos sin esperanza de lucro alguno. ¿Y es esta la conducta del hombre? Acaso no obedece siempre y en todos sus actos á uno de los dos móviles, al de simpatia, ó al utilitario, ninguno de los cuales puede determinarle à esclavizarse?

La historia, por su parte, nos demuestra que jamás se ha consultado la voluntad de los individuos á quienes se ha sometido á esclavitud. Las causas generales y fecundas de esta no fueron nunca el consentimiento. Persuadámonos, pues, de que la esclavitud, esa abdicacion improductiva de la dignidad propia y de todos los derechos del hombre, ha sido siempre fruto de una violencia, de la falta absoluta de consentimiento. Y siendo esto así ¿puede nadie sostenerla como contrato?

Pero aun en el caso de que el esclavo hubiese prestado su consentimiento, semejante convencion no seria válida. La ley natural y la positiva la rechazarian. Los contratos en que todos los beneficios son para una de las partes, y todas las pérdidas para la otra están declarados nulos.

La esclavitud, pues, es contraria al derecho, con lo cual dicho se está que es contraria á los principios de justicia, pues el derecho no es otra cosa que el conjunto de preceptos deducidos de la justicia.

¿Está conforme con los principios económicos? Nó. El trabajo para producir los grandes resultados que, segun hemos visto, produjo en Abraham Lincoln, necesita ciertas condiciones, que pueden reducirse á una sola. El trabajo debe ser libre.

Preciso es que nos convenzamos de que el hombre trabaja siempre impulsado por el interes, interés mas, ó menos noble, pero interés en último re-

sultado. Quitadle la esperanza del lucro, ó de la realizacion de la empresa que se propone, y le veréis trabajar poco y mal, si es que á hacerlo se le obliga, pues espontàneamente no se determinará à ello. Y es natural que así suceda; porque el trabajo ocasiona fatigas, y nadie se somete voluntariamente á una contrariedad, cualquiera que sea, por el mero capricho de hacerlo. La esclavitud amengua, ó extingue el deseo de trabajar, mermando así la produccion y con ella los medios de subsistencia, que consiguientemente se encarecen. Como el esclavo sabe, por otra parte, que ningun beneficio retirará de su trabajo, no pone cuidado en realizarlo, y por lo tanto, lo poco que produce es de mala calidad.

La esclavitud, infamando el trabajo, prepara la decadencia y ruina de las naciones. ¡Desgraciado el pais, donde se ódia ó se considera infamante el trabajo! Dependiendo de los otros en sus relaciones esteriores, y poblado de vagabundos, y de viciosos por consiguiente, su suerte probable en lo futuro es una invasion del vecino mas fuerte, y su suerte inevitable en el presente son los motines y revueltas constantes. La grande, la poderosa, pero, al mismo tiempo, la esclavista Roma depone en nuestro favor.

No pasemos por alto manifestar que la esclavitud, violentando la actividad individual, ha privado á muchos talentos de su natural desarrollo, y á la

sociedad de los beneficios que de ellos podia esperar. El señor, dedicado á la esplotacion de una sola industria, en ella emplea todos sus esclavos, sin tomarse el trabajo de investigar sus naturales disposiciones. De la pérdida de esos talentos y de la de los frutos que á la humanidad hubiesen podido legar, es responsable la esclavitud.

Terminemos aquí esta breve enumeracion. Seria interminable, si nos propusiéramos apuntar todos los inconvenientes de la institucion que nos viene ocupando. ¿Pero á qué molestar á los lectores, repitiendo lo que ya nadie ignora? Por otra parte, lo que dejamos dicho de la esclavitud basta á demostrar que valia la pena de que un hombre dedicase su vida toda á exterminarla. Haciéndolo, se prestaba un gran servicio á la humanidad, á la justicia, á la civilizacion, por lo tanto, y cuando de servicios de esta naturaleza se trata, la vida del hombre debe siempre estar dispuesta al sacrificio. Cuando el mundo grabe en su alma esa verdad inconcusa, desaparecerán de él los errores que entorpecen su progreso. Mientras esto suceda, que sucederá infaliblemente, honremos la memoria de los que, mas heróicos que la generalidad, lo arrostran todo por cumplir la mision que se les ha encomendado. Honremos, pues, á Abraham Lincoln, al redentor, en la Union americana, de una parte de la humanidad, y proclamémosle á la faz del mundo *varon digno de ser ofrecido como modelo.*

FIN.

ÍNDICE.

ERRATA NOTABLE.

Página 65, apartado segundo, línea 28.

Léase: tengamos el valor de desafiar las iras impotentes de esos *legionarios,* que retardan el advenimiento de la *Jerusalen celeste.*



OBREROS ILUSTRES.

Se publicará esta obra en tomos enteramente iguales al presente, cada uno de los cuales contendrá la biografía de un hijo del pueblo, que por sus virtudes sea digno de imitacion.

Aparecerá, por lo menos, un tomo mensual, hasta el complemento de la obra.

El precio de cada tomo será el de cuatro reales.

Estarán de venta en las principales librerias y puestos de periódicos.

